



El Estado-nación frente a la globalización

Andrade, Eduardo. "El Estado-nación frente a la globalización". En *Teoría General del Estado*, 329 - 367. México: Oxford University Press, 2004.

El Estado-nación frente a la globalización

Desde la primera edición de este libro en 1987 se planteaba la posibilidad de que la empresa transnacional desplazase al Estado nacional como unidad de decisión económica. La evolución de los fenómenos económicos y tecnológicos que caracterizan a la llamada *globalización* ha hecho más evidente que ésta ha incidido en una disminución del poder del Estado-nación, pero sólo en el ámbito de los Estados subdesarrollados o por lo menos son tales Estados los que ven gravemente disminuida su capacidad de autodeterminarse frente a poderes y situaciones que rebasan su autoridad. Se ha planteado así el binomio excluyente *soberanía-globalización* de manera tal que aquélla decrece en la medida en que ésta se afirma.

David Held³⁰ destaca que al mismo tiempo que áreas importantes de actividad se organizan en un nivel global, el destino de los Estados nacionales democráticos se torna incierto. En su interesante análisis de este tema distingue las posiciones que parten, por un lado, de dos tradiciones diferentes: la teoría política de la democracia y la teoría de las relaciones internacionales.

La teoría política de la democracia da por sentada la soberanía sin someterla a ningún cuestionamiento y asumiendo la plenitud de la capacidad del Estado nacional para conducir sus propios asuntos, sujeto sólo a los compromisos que él

³⁰ David Held, *op. cit.*, págs. 23 y siguientes.

mismo adquiriese y, por supuesto, recibiendo presiones de intereses grupales pero siempre sometidos a su poder dentro del territorio que controla. Se trata pues de una teoría generalmente cerrada que no presta mucha atención a los fenómenos externos al Estado.

Por otro lado, ha existido una antigua tradición en la que se inscriben autores como Grocio y Kant, que se preocuparon por el análisis de las relaciones internacionales tratando de entender al Estado en el contexto del sistema general de Estados. En este último campo de estudio se encuentran elementos que pueden resultar útiles para comprender las interrelaciones del Estado nacional con el mundo globalizado.

A su vez, en la teoría de las relaciones internacionales pueden encontrarse dos corrientes, una de carácter realista que también se conoce como *estatista*, la que se preocupa fundamentalmente por la manera en que el sistema global de Estados condiciona la conducta de cada Estado en lo particular. Esta teoría sigue viendo al Estado como un todo, como una unidad monolítica que se organiza para defender el interés nacional. Aquí habría que preguntarse si efectivamente se puede detectar en algún momento de la historia, y particularmente en los principios del siglo XXI, un interés nacional unificado, o bien si cuando se habla de que el Estado busca ese *interés nacional*, está en realidad tratando de atender las demandas de intereses específicos con mayor capacidad para hacerse oír al interior del Estado y que en la actualidad están muy íntimamente vinculados con los intereses externos a través de la red global de interrelaciones económicas, financieras, comerciales y tecnológicas. A este tema volveremos más adelante porque, como ya hemos visto, existe mayor vinculación entre los intereses de la elite del Estado nacional con los de la elite de los Estados con mayor poder, que deja a un lado las demandas y necesidades de millones de pobres quienes se acumulan en los Estados nacionales subdesarrollados e incluso en algunas áreas del Estado capitalista desarrollado.

Una segunda corriente, vinculada a la tradición liberal idealista de las relaciones internacionales que Held denomina *transformacionalista*, observa al Estado de una manera más cuidadosa en las interrelaciones que se dan desde su interior con el exterior y generalmente arriba a la conclusión de que el incremento de las interconexiones globales está transformando la naturaleza y el papel del Estado nacional en el sistema mundial.

Estos trabajos teóricos ven al Estado atrapado en una extensa red de fuerzas, que de algún modo lo condicionan y lo maniatan de forma tal que sus principales funciones ya no pueden ser realizadas sin la cooperación internacional. Entre ellas, por supuesto, está la regulación de la economía que se pretende que sea cada vez menor y el combate al crimen organizado, al tráfico de drogas o a la depredación ecológica, y la defensa de los derechos humanos. El concepto tradicional de soberanía estatal queda así gravemente afectado.

La corriente estatista da demasiada relevancia al Estado y pierde de vista la gran cantidad de interrelaciones que se están dando cada vez con mayor frecuencia por encima de la capacidad de conducción estatal, pero el punto de vista transformacionalista quizá disminuye demasiado la posición del Estado. Aun reconociendo la importancia de otras fuerzas existentes en el mundo globalizado, aquél no deja de tener una presencia importante y toma decisiones que tienen un impacto considerable tanto hacia su interior como, eventualmente, hacia el exterior. Ello implica que cuenta con cierto grado de autonomía aun en condiciones de presión externa.

Una tercera corriente, la marxista, ve en el Estado el instrumento de dominación del capital. La clase dominante en el mundo es la propietaria del capital y en el momento que éste adquiere su mayor peso con el carácter de capital financiero, es decir, de dinero que circula por los canales globales en busca de la mayor ganancia posible, se mantiene el neomarxismo en la visión de que toda acción del Estado finalmente corresponde al beneficio del capital, ya sea que se produzca dentro de su margen de autonomía o condicionado por las fuerzas externas. En todo caso, el margen de autonomía sirve para ajustar al interior del propio Estado los diferentes intereses capitalistas. Según el autor que venimos comentando, esta última posición pone demasiado énfasis en el condicionamiento económico de la actividad del Estado e ignora la existencia de otros factores que determinan sus acciones.

Held distingue los conceptos de *soberanía* y de *autonomía*. Al primero le concede un carácter más formal, ya que estima que la soberanía significa la autoridad política de una determinada comunidad a la cual se reconoce el derecho de ejercer los poderes del Estado y determinar las reglas y políticas que imperarán en su territorio.

La soberanía tiene hacia el interior de la comunidad política el carácter de poder supremo. Ningún otro poder le disputa esa posición en lo interno. Por lo que toca a la dimensión externa de la soberanía, se expresa en el rechazo a la sumisión frente a cualquier otro poder; por eso en el contexto internacional la soberanía supone la igualdad de los Estados que no se imponen unos sobre los otros, sino tienen relaciones recíprocas en un mismo nivel.

En cambio, Held estima que la *autonomía* es un concepto funcional y se relaciona con el grado real de capacidad que tiene el poder del Estado para imponer sus decisiones hacia el interior, así como la independencia con la que toma sus decisiones. Podríamos decir entonces que la *soberanía* tiene un carácter absoluto puesto que su naturaleza se define en el ámbito de lo formal. La *autonomía*, en cambio, queda relativizada si se considera que es la capacidad de los dirigentes del Estado y de las instituciones del mismo para aplicar una política determinada.

La autonomía estatal se establece en función del *alcance* y los asuntos respecto de los cuales se ejerce. Por lo que toca al alcance, éste significa el grado de presiones o constreñimientos sobre los dirigentes del Estado, que pueden impedir que las políticas

elegidas se conviertan efectivamente en determinaciones públicas aplicadas. Los temas o dominios en los que se da a conocer esta autonomía se refieren a las áreas concretas en que los constreñimientos antes mencionados operan efectivamente.

Así, la soberanía se refiere al título por el cual el Estado rige sobre un determinado territorio, en tanto que la autonomía denota el poder efectivo que posee el Estado-nación para estructurar sus políticas y hacer que éstas alcancen las metas trazadas. A fin de estudiar si realmente el Estado-nación está sufriendo una pérdida de su soberanía, Held identifica cinco desfasamientos o dislocamientos (*disjunctures*) entre la capacidad del Estado para determinar por sí mismo su destino y las fuerzas externas que operan sobre las decisiones que toma. Estos desfasamientos son los siguientes.

1. *El Derecho Internacional.* Además de las normas surgidas de los tratados y convenciones internacionales, en las cuales se obligan los Estados soberanos y son los sujetos de dichas normas, están surgiendo regulaciones adicionales que pueden aplicarse ya no solamente sobre el Estado signatario, sino sobre personas y organizaciones concretas que operan en territorio de los Estados-nación. Especialmente el Derecho Internacional de los Derechos Humanos ha adquirido esta característica y constituye un marco jurídico más amplio y muchas veces superior al que emite cada Estado, con pretensiones de validez de mayor rango.

2. *La internacionalización de la toma de decisiones políticas.* De la mano con el fenómeno antes descrito, las normas y organizaciones de carácter internacional permiten a los dirigentes de determinadas instituciones delinear una política que debe ser aplicada en todo el mundo. Ello ocurre, por ejemplo, en los asuntos ecológicos, pero también y sobre todo en los financieros. El ejemplo más claro que se da en esta área es la acción del Fondo Monetario Internacional (FMI [IMF] por sus siglas en inglés).

Esta institución se fundó en 1944 en la Conferencia de Bretton Woods realizada con motivo de la conclusión de la Segunda Guerra Mundial. Su propósito era la supervisión de las normas internacionales para la regulación de la moneda y los tipos de cambio, pero este objetivo inicial ha cambiado a lo largo del tiempo y actualmente desempeña tareas de asesoría técnica, dirección económica y otorgamiento de préstamos a economías que se encuentran fuertemente presionadas, sobre todo las que pertenecen al mundo en desarrollo.

El principio por virtud del cual el Fondo Monetario Internacional puede imponer estas decisiones es el de "condicionalidad". El Fondo condiciona la entrega de recursos que necesitan esos países a la adopción de medidas, por ejemplo, restrictivas del crédito, al corte de los gastos públicos, a la reducción de los puestos de trabajo y de los sueldos en el gobierno, a la devaluación de la moneda y a la reducción de los subsidios destinados a los programas sociales y de bienestar. Esto origi-

na graves problemas en los países en desarrollo, que pueden propiciar incluso disturbios populares como se vio en la crisis de Argentina a fines de 2001 y principios de 2002. La aceptación de estas medidas por parte de los gobiernos es un reconocimiento de que la posibilidad de aplicar una política independiente y nacionalmente decidida es mínimo. Ello, evidentemente, afecta la soberanía de los Estados.

3. *La existencia de poderes económicos y de estructuras internacionales de seguridad.* La hegemonía prácticamente indisputada de Estados Unidos de América en materia militar le permite ejercer gran presión sobre otras naciones. Igualmente, la existencia de estructuras diseñadas para proteger la seguridad de los países que en ellas participan, como la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico del Norte), que se creó por parte de las democracias occidentales con el propósito de enfrentar una posible amenaza de la Unión Soviética y sus denominados *países satélites*. Pese a que ha concluido la Guerra Fría y ya no existe la amenaza de un ataque del comunismo soviético, estructuras como la OTAN siguen en pie y actuando de manera efectiva como lo hizo en la guerra de Kosovo, lanzando ataques militares con un supuesto propósito humanitario en abril de 1994. Ésta es una realidad de poder en el mundo, que no puede ser desconocida por los Estados con menor capacidad militar.

4. *La identidad nacional y la globalización de la cultura.* Esta forma de desfasamiento deriva de la existencia de un conjunto de imágenes, modas, pensamientos, patrones estéticos y valores que se difunden por todo el mundo a través de los medios de comunicación y se imponen mediante los procedimientos comerciales y de publicidad que uniforman el consumo para permitir una producción en escala globalizada en todo el mundo. La existencia de este conjunto de elementos culturales va penetrando y erosionando la identidad nacional, según algunos autores, aunque otros consideran que, como reacción, también las identidades nacionales se refuerzan y reactivan. Este fenómeno deriva, por un lado, del empuje de una pretensión civilizadora en el nivel mundial y, por otro, de la disminución efectiva del poder del Estado-nación, la cual permite a grupos minoritarios, hasta ahora inmersos en el poder formal de esos Estados, que muchas veces aglutinan a distintas naciones, retar esa condición de dominio y tratar de alcanzar además de su plena identidad cultural, un grado de mayor independencia e incluso la capacidad de organizarse de manera soberana, por muy disminuida que se encuentre esa soberanía.

5. *La economía mundial.* Existe un claro desfasamiento entre la autoridad formal del Estado-nación y el alcance que tienen actualmente los sistemas de producción, distribución e intercambio, los cuales muchas veces limitan la capacidad y la efectividad de las autoridades políticas en el interior de los Estados. Existen dos aspectos de este proceso que tienen mayor incidencia: la internacionalización de la produc-

ción y la de las transacciones financieras, todo lo cual se organiza por las empresas transnacionales. En esta evolución ha ejercido una influencia muy intensa el uso de nuevas tecnologías de la información. Los sistemas de cómputo y la interconexión de ellos a través de Internet permiten el muy rápido movimiento de divisas, acciones o valores “futuros” que representan efectivamente una cantidad o un bien que aún no existe, y todo ello queda normalmente fuera del alcance de las autoridades políticas nacionales.

La esencia de la globalización está en su expresión política, es decir, “de poder”, y es la que menos se ha analizado. El hecho de que se describa y no se alcance a definir es porque lo que hace diferente la situación actual de las interacciones universalmente existentes desde hace siglos, es que por primera vez se observa una centralización eficaz del poder en el mundo. Esta nueva situación define al proceso globalizador. Desde hace varias centurias interactúan comercialmente todos los Estados en el mundo, por medio de los hombres dedicados al comercio, pero ahora todas esas interacciones, además de su profundización y extensión, se encuentran sometidas a una normatividad y a dictados de actividad que se van centralizando cada vez más: los centros decisorios imponen su visión y sus normas a todo el mundo.

Víctor L. Urquidi ha captado este fenómeno en una frase al decir que la globalización “responde a los intereses e ideas del Grupo de los Siete”.³¹ Éste

ha empujado a la dirección del libre comercio indiscriminado, de la libre inversión de capitales en la producción manufacturera, en los servicios, en las ramas de innovación tecnológica y en la explotación de recursos naturales, pretendiendo a la vez la plena libertad del conocimiento por la vía de las telecomunicaciones. La globalización no ha reconocido la distinta capacidad de las diversas sociedades para adaptarse a los cambios tecnológicos, para reducir los impedimentos estructurales al cambio y para organizarse en un plan equitativo de participación en los beneficios que la misma ha pregonado.³²

La globalización, por tanto, es fundamentalmente un modelo de dominación consistente en que un grupo reducido de personas que controlan los centros financieros en los Estados capitalistas posindustriales³³ pueden imponer su visión del mundo y sus decisiones económicas y extraer recursos³⁴ de cualquier persona o grupos de personas, en cualquier lugar y a cualquier hora del día. A este proceso las

³¹ Véase “El Grupo de los Ocho”, más adelante en este capítulo.

³² Víctor L. Urquidi, “La globalización de la economía. Límites, contradicciones y oportunidades”, en *La globalización y las opciones nacionales*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000, pág. 15.

³³ Anthony Giddens, *op. cit.*, pág. 27.

³⁴ Como dice Giddens: “El valor del dinero que podamos tener en nuestros bolsillos o nuestras cuentas bancarias cambia por momentos según las fluctuaciones de los mercados”, *op. cit.*, pág. 22.

estructuras institucionales del Estado nacional no sólo no se oponen, sino colaboran activamente sometiéndose a los dictados de los centros decisorios mundiales por distintas razones, pero particularmente por una afinidad cultural entre sus elites, por intereses económicos compartidos y por la dependencia financiera.

Este poder que ha logrado centralizar la conducción de la vida humana en todo el globo terráqueo es de carácter oligárquico-plutocrático, no tiene ningún origen democrático popular ni está sujeto a controles o rendición de cuentas por parte de aquellos sobre quienes se impone. Sus destinatarios no tienen ninguna representación en los órganos decisorios ni disponen de instituciones que protejan sus derechos, y menos aún tienen una formulación o declaración de los mismos que les permita resistir con éxito esta nueva forma de absolutismo.

La superación del Estado-nación

En este panorama, el Estado-nación como organización política de la colectividad se convierte en un actor cada vez más disminuido. Formalmente depositario del poder supremo para ordenar la vida en común, sus autoridades van siendo despojadas de ese poder. El Estado ha sido desbordado por las fuerzas ciegas del mercado y en lugar de conducir la política económica hacia objetivos de bienestar de su población, es arrollado por la lógica de la multiplicación y concentración de las ganancias en el mundo globalizado. Los gobiernos no crean normas para regular la actividad económica en el interior de sus territorios; por el contrario, la actividad económica que se da por encima de sus fronteras le impone condiciones al Estado: qué políticas debe aplicar; a qué áreas de actividad debe renunciar; cómo debe hacerlas pasar a manos privadas siguiendo los dictados de los centros financieros mundiales. Los poderes que identificaban la soberanía económica: emitir la moneda; determinar el valor de la extranjera; regular el crédito; gravar la entrada y la salida de productos y establecer las cargas fiscales, han ido desapareciendo.

En este último rubro las gigantescas empresas transnacionales pueden aprovechar su ubicuidad mundial para transferir pérdidas o ganancias adonde más les convenga, burlando las disposiciones fiscales estatales. “Ya no son los gobiernos democráticamente elegidos los que deciden la cuantía del gravamen, más bien son los dirigentes de las corrientes de capital y productos los que establecen qué contribución quieren hacer aún al sostenimiento de los gastos públicos.”³⁵

Los grandes consorcios ponen a competir a los Estados para ver cuál les ofrece condiciones fiscales más benévolas a fin de dirigir ahí sus inversiones, y a veces incluso obtienen que la propia inversión se cubra en buena medida con fondos públicos provenientes de los contribuyentes. La concesión gratuita de terre-

³⁵ Hans-Peter Martin y Harald Schumann, *La trampa de la globalización*, Taurus, Madrid, 1998, pág. 249.

nos, el financiamiento de la infraestructura, los subsidios en servicios públicos y las exenciones de impuestos son formas de aportación pública para el establecimiento de empresas cuyos dividendos se concentran totalmente en manos de quienes aportaron sólo una parte del capital, en ocasiones muy reducida. Entre varios ejemplos impresionantes, Martin y Schumann narran el caso de Advanced Micro Devices (AMD), fabricante estadounidense de microchips que instaló una planta en Dresde, en la antigua zona comunista de Alemania. Entre subvenciones fiscales y apoyos crediticios la inversión efectiva hecha por el consorcio no llegó ni a la quinta parte del total, de manera que su riesgo de pérdida se redujo casi a cero, pues si algo iba mal la cuenta acabarían pagándola los contribuyentes.³⁶

Los desfases a los que hemos hecho referencia afectan la capacidad del Estado nacional para operar como instancia suprema en las relaciones humanas con motivo de la globalización, y han generado toda una corriente de pensamiento que pregona el fin del Estado-nación. Esta última expresión es justamente el título de la obra del japonés Kenichi Ohmae,³⁷ en la que sostiene la tesis de que los Estados nacionales ya no son funcionales ni como unidades económicas ni como organizaciones reguladoras de la vida colectiva. Para este autor existe una entidad de naturaleza imprecisa, pero definitivamente superior a los Estados nacionales, a la que denomina *economía mundial*, la cual impone condiciones a los referidos Estados.

La obra se orienta en función de los elementos que operan en esa *economía mundial*. Si bien nunca la define, considera que está determinada por lo que llama *las cuatro íes*: inversión, industria, información e individuos.

En cuanto a la primera, hace notar que los países desarrollados están “saturados de fondos para invertir”³⁸; solamente Japón cuenta con 10 billones de dólares estadounidenses en sus reservas. Gran parte de esos recursos se encuentran depositados en fondos de pensiones, compañías de seguros y, en general, agencias financieras que manejan enormes volúmenes de dinero.

Respecto de este fenómeno, Susan George señala que refleja el traslado de recursos a una capa minoritaria que concentra la riqueza en el mundo:

Cuando las personas menos acomodadas tienen algo de dinero en efectivo, compran productos y servicios y hacen que la economía real vaya tirando. Cuando el dinero se mueve hacia quienes ya tienen gran parte de lo que necesitan o desean, va a parar al papel, que en buena parte es improductivo. El Grupo de Trabajo apenas considera la posibilidad de que el capital financiero pueda no tener mucha relación con la producción y distribución reales de bienes y servicios, aunque teme, con razón, la volatilidad y la quiebra.³⁹

³⁶ *Idem*, pág. 250.

³⁷ Kenichi Ohmae, *El fin del Estado-nación*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1995.

³⁸ *Op. cit.*, pág. 16.

³⁹ *El Informe Lugano*, 7a. ed., Icaria, Barcelona, octubre de 2000, pág. 233.

Incluso, ese papel se va convirtiendo cada vez más en registros de computadora guardados en procedimientos de memoria electrónica. Tiene razón Ohmae en que esta nueva forma de acumulación está cada vez más alejada de las decisiones que puede tomar el Estado, por lo menos aquellos Estados que no disponen de poder militar para imponer su voluntad.

En las condiciones actuales ya no se trata de guardar metales preciosos en bóvedas y ni siquiera billetes de banco, sino señales electromagnéticas en refinados chips de computadoras, lo cual permite que gran cantidad del capital disponible se mantenga improductivo, pero pueda desplazarse con rapidez de un lado a otro por encima de las fronteras nacionales.

La industria también se mueve con enorme facilidad y se ubica generalmente donde encuentra mano de obra más barata, mayores facilidades fiscales y menores regulaciones ecológicas. Aunque Ohmae sostiene que en el desplazamiento de las plantas industriales tampoco cuentan las decisiones de los Estados, su argumentación es endeble pues señala que las corporaciones multinacionales se mueven por atender a los mercados atractivos en donde éstos se encuentren. Pero como el mercado es todo el mundo, resulta evidente que las regulaciones estatales sobre la mano de obra, los impuestos o las normas ambientales influyen en las decisiones empresariales. Por otro lado, en la argumentación de este autor empiezan a aparecer los sujetos concretos de lo que él llama *economía mundial* y éstos son precisamente las grandes corporaciones transnacionales.

De acuerdo con datos de la ONU, en el mundo existen 40 mil empresas de este tipo, pero 20% de los recursos de que disponen se concentra en las 100 más importantes, es decir, en 0.25% del conjunto de tales unidades económicas. En 1996 las transacciones hechas por estas empresas superaron el valor de 4.1 billones de dólares, pero el número de personas empleado por ellas no llegaban a 12 millones.

La comparación entre las grandes empresas de dimensión mundial y los Estados, tomando en cuenta sus respectivas potencialidades económicas, es impresionante. Si se hace una lista de las 100 entidades económicas más poderosas del planeta, solamente 52 de ellas son Estados nacionales; las otras 48 son empresas multinacionales. Si la lista se extiende a 200 entidades, las empresas se vuelven mayoritarias.⁴⁰

La tercera “i” a que se refiere Ohmae es la *información*. Ya hemos aludido a este punto al señalar el papel de la tecnología informática en el mundo contemporáneo. La red mundial denominada *Internet* permite efectuar todo tipo de contactos instantáneos y realizar transacciones económicas sin que las autoridades nacionales puedan intervenir mayormente.

⁴⁰ Pierre Joxe, “La crise d’identité de l’Etat”, en Roger Fauroux y Bernard Spitz, *Notre Etat*, Editions Robert Laffont, París, 2000, pág. 36.

Esta red crece, cambia, se expande de manera casi exponencial e incontrolable. En julio de 1996 había en el mundo 12 881 000 computadores ligadas en la red; para julio de 1997 eran 19 540 000. En enero de 1998 la Network Wizard contaba 29 670 000 en el mundo; para julio de 1999 sobre todo el planeta resultaban distribuidas 56 218 000 y en julio de 2002: 162 128 493.⁴¹

Finalmente, el individuo consumidor desempeña un papel importante al tomar sus decisiones en contacto con un mercado que abarca a todo el mundo en el cual, sostiene el autor, trata de alcanzar los productos de mayor calidad y menor precio sin que lo restrinjan las barreras estatales. En este aspecto también se observa cierta inconsistencia en la tesis de la desaparición del Estado-nación, al que Ohmae considera un estorbo para el libre flujo de productos y servicios; sin embargo, son las decisiones estatales empujadas por los centros financieros las que permiten retirar las barreras arancelarias que facilitan el comercio mundial.

En cuanto a los individuos, el autor citado los toma en cuenta sólo como consumidores, pero no analiza su papel en la producción. La libertad individual no suele abarcar la posibilidad de escoger en dónde o con quién contratarse, y tampoco la de moverse sin restricciones por todo el mundo. Pese a que realmente existe un movimiento migratorio considerable hacia los lugares donde hay mayores oportunidades de trabajo, el Estado-nación sigue desempeñando un papel central en la regulación de estos movimientos poblacionales y en general evita que los individuos puedan asentarse libremente donde lo deseen.

Es verdad que existen procesos económicos que escapan al control de los Estados nacionales. Ohmae afirma que éstos prácticamente no pueden hacer nada para controlar los tipos de cambio o proteger el valor de su moneda ante las decisiones que toman los mercados mundiales de capital, de manera que quedan sujetos a decisiones tomadas en lugares lejanos por personas e instituciones que no están sometidas a su poder. No obstante, y aunque la información fluya a la velocidad de la luz a través de la red mundial de computadoras u *ordenadores*, como se dice en España, los centros de decisión en esta materia se encuentran en los países desarrollados dirigidos por personas que son ciudadanos de tales Estados capitalistas posindustriales y la tecnología avanzada en telecomunicaciones e informática está regulada por las normas de los Estados nacionales más poderosos. Así, por ejemplo, el magnate de la empresa Microsoft, Bill Gates, ha estado sujeto a presiones judiciales por parte de tribunales estadounidenses para obligarlo a dividir su enorme compañía.

En consecuencia, son los Estados nacionales menos desarrollados los que en realidad se encuentran rebasados por la globalización, ya que su posible desarrollo depende de la aplicación de los recursos que se encuentran acumulados ya sea en

⁴¹ Fuente: Internet Software Consortium (<http://www.isc.org/>). Véase Rosanna de Rossa, *Fare Política in Internet*, Apogeo, Milán, 2000, página web: www.apogeoonline.com.

papel o en información computarizada en tales centros decisorios. Estos centros, ubicados en los países desarrollados, deciden a dónde dirigir los depósitos de los fondos de pensiones, en particular las empresas financieras que manejan tales fondos. Se estima que actualmente se acumulan en ellas aproximadamente 21 billones de dólares. Para tener una idea de lo que esto significa, imaginemos que cada habitante del planeta, cualquiera que fuese su edad, tuviese en sus manos 3 500 dólares. Pues bien, estas cantidades se colocan en operaciones que no se traducen de inmediato en riqueza material, sino que generalmente reflejan la expectativa de obtener una ganancia en el futuro. Si los operadores de estos inversionistas consideran atractivo comprar acciones de una empresa determinada, efectúan la compra a quien ya dispone de las acciones correspondientes. Como lo que está en el mercado es la acción misma, si hay muchos compradores la acción sube de valor porque los diversos interesados piensan que en el futuro van a obtener una ganancia, pero esa expectativa no está respaldada en el momento de la compra por un aumento real en los bienes de la empresa, de modo que los capitales representados por las acciones equivalen a “las cuentas de la lechera”. Esto se debe a que con la misma velocidad que se compran las acciones y se infla su valor, éstas pueden venderse. Los administradores de los grandes fondos están a la búsqueda de ganancias derivadas de esas expectativas no sustentadas por riqueza concretamente producida. En razón de las estratosféricas sumas que manejan, una pequeña variación en el valor de una acción o de una divisa puede producir grandes ganancias virtuales de un día a otro, y éstas van a quedar registradas como si representaran una riqueza existente y con esos mismos registros se podrán hacer, en un momento dado, compras de bienes efectivos que sí existen en la realidad.

Los mencionados administradores que están a la caza de oportunidades reaccionan de manera gregaria, como un banco de peces, para dirigirse todos simultáneamente hacia una fuente que les promete mejor rendimiento, abandonando aquellas que les resultan menos útiles. El efecto que esto produce puede ser devastador para las economías dependientes de esos fondos. “Un cambio de sólo 1% en sus carteras equivale a una cuarta parte de la capitalización de todos los mercados de valores del Asia ‘emergente’, dos tercios de todos los mercados de valores de Latinoamérica. Por tanto, no sorprende que estos mercados sufran un hundimiento rápido cuando el rebaño echa a correr hacia la puerta.”⁴²

Retomando la argumentación de Ohmae al referirse al Estado-nación, resulta que la expresión *economía mundial* se refiere en efecto al conjunto de empresas transnacionales. Cuando afirma que actualmente no resulta fácil adjudicarles etiquetas nacionales a las empresas que operan en todo el mundo, pone como ejemplo contrario a la “barbería de la esquina”, que forma parte de la *economía nacional*. Ello implica la existencia de actividades económicas que no superan la escala del

⁴² Susan George, *op. cit.*, pág. 234.

Estado-nación y, por tanto, parece difícil prescindir de éste de manera absoluta. En consecuencia, aunque se afirma que los Estados-nación han perdido importancia como unidades de actividad económica, lo cual es cierto, sigue existiendo un espacio en que la economía no tiene dimensiones mundiales. Empero, la parte de la economía que opera en el ámbito global escapa al poder político de los Estados para hacer que las decisiones, incluso tomadas colectivamente por medios democráticos en su interior, no puedan hacerse efectivas sobre todos los que actúan en su territorio. Sin embargo, en la esfera nacional el Estado como organización política sigue teniendo un cúmulo de obligaciones.

El autor que nos ocupa hace un análisis que resulta paradójico; al comparar la escala de desarrollo que se observa en distintos países, afirma que cuando el ingreso *per cápita* está por debajo de los 1 500 dólares estadounidenses el interés de los consumidores se dirige a las bicicletas, como en Vietnam. Cuando se mueve entre los 1 500 y los 3 000 dólares se incrementa la compra de motocicletas, como en Tailandia, pero cuando se rebasan los 3 000 dólares crece la demanda de automóviles económicos y de bienes de consumo doméstico. En seguida llega a la conclusión de que “en el umbral de los 3 000 dólares, por tanto resulta conveniente empezar un programa a gran escala de construcción de sistemas de autopistas modernas...” En este párrafo el sujeto desaparece. ¿Quién habrá de empezar dicho programa? Esta tarea ya no se la asigna a la *economía mundial*, pues es evidente que son decisiones públicas de carácter estatal las que determinan la realización de estos programas y, por tanto, resulta que los beneficios de la economía mundial se concentran en aquellos que obtienen las ganancias por encima de la voluntad de los Estados nacionales, pero gran parte de los recursos que crean la infraestructura para la obtención de esas ganancias siguen siendo gestionados por las autoridades estatales. De esta manera, el Estado-nación queda rebasado por la economía mundial sólo por lo que respecta a la regulación de las utilidades, pero sigue siendo un factor determinante para crear las condiciones que las hagan posibles.

Las decisiones políticas estatales continúan desempeñando un papel fundamental para la economía globalizada, pues ordenan una parte del trabajo necesaria para que pueda operar. Pero la economía global en su conjunto, una vez que rebasa al Estado nacional, queda sin control y tiende a producir fenómenos de injusticia social, de enorme concentración de la riqueza y de depredación ambiental. Ni siquiera en los países ricos la globalización conlleva un incremento generalizado del nivel de vida. El propio Ohmae describe un panorama poco alentador de la vida de los japoneses promedio: “sus casas son tan diminutas que sólo pueden acoger a una familia nuclear, en el mejor de los casos, y... para llegar al trabajo necesitan hora y media o más”.⁴³

⁴³ Kenichi Ohmae, *op. cit.*, pág. 53.

Pese a estas evidencias, la ideología dominante en los centros de poder sigue inculcando la noción de que las preocupaciones del Estado nacional tendientes a distribuir mejor el ingreso y a tomar medidas de carácter social que equilibren las diferencias y eviten la polarización de la sociedad entre muchos indigentes y unos pocos privilegiados está pasada de moda y en el fondo resulta contraria al interés general. Ohmae critica el concepto de *mínimo socialmente garantizado*, según el cual debe existir cierta base mínima de atención a las necesidades colectivas. No le parece justo, por ejemplo, que el gobierno japonés trate de prestar el mismo nivel en servicios como el telefónico, el postal o el aprovisionamiento de agua y electricidad a los habitantes de todo su territorio, y le parece muy mal que “los ciudadanos de las áreas más remotas empiezan a *creer que tienen derecho*, y después a exigir el mismo nivel de servicios prestados por el gobierno central —los mismos ferrocarriles, las mismas escuelas y puertos y autopistas— que los que tienen los que están más cerca del centro”. (Las cursivas son nuestras.)⁴⁴

Esta tesis en el fondo significa que si resulta muy caro, por ejemplo, llevar la electricidad a sitios lejanos, los que viven ahí se fastidien y permanezcan a oscuras o la paguen a precio de oro. También considera que las prestaciones sociales como el seguro de desempleo, la educación pública, las jubilaciones o los servicios de salud son cargas que la sociedad debe dejar a un lado.

Las mismas ideas llevadas a escala planetaria tienden a incrementar la marginación y hacer más profundas las diferencias entre clases sociales y entre los países que controlan el capital y los que no disponen de él, porque a final de cuentas sí existe una ubicación geográfica de los centros decisorios mundiales y vínculos de lealtad nacional por parte de quienes las dirigen con los Estados-nación de los que son parte. “La mayoría de las empresas multinacionales gigantes están... instaladas en EEUU. Y las que no, vienen de los países ricos, no de las zonas más pobres del mundo.”⁴⁵ Además, los Estados capitalistas posindustriales tienen capacidad para imponer sus normas sobre las actividades de las grandes empresas generalmente tomando en cuenta su “interés nacional”. El patriotismo, por ejemplo, no se considera pasado de moda en Estados Unidos, especialmente después del atentado terrorista del 11 de septiembre de 2001.

La fragmentación regional del Estado-nación

Hemos visto que existe un fenómeno globalizador que integra diversas actividades por encima de las fronteras nacionales y que hay una tendencia a la formación de grandes bloques económicos que absorben las soberanías, tradicionales características de los Estados-nación desde su surgimiento en el siglo xvii. Empero, simultá-

⁴⁴ *Idem*, pág. 71.

⁴⁵ A. Giddens, *op. cit.*, pág. 27.

neamente se observa un incremento de la afirmación de particularismos locales orientados hacia la desintegración del propio Estado-nación en secciones más reducidas. Este fenómeno no solamente abarca los procesos de desincorporación de regiones que habían quedado integradas en el Estado soviético, pero que tenían sus propias peculiaridades nacionales, como es el caso de las repúblicas de Azerbaiyán, Turkmenistán, Uzbekistán, Ucrania, Georgia, o los pequeños Estados del Báltico: Letonia, Lituania y Estonia, sino que ha abarcado también a Estados más pequeños como lo que fue Checoslovaquia, ahora dividida en dos Estados nacionales: la República Checa y Eslovaquia. También resulta evidente esta tendencia en la sangrienta desintegración de Yugoslavia, de la que volvieron a surgir Estados nacionales antes subsumidos en la Federación encabezada por el mariscal Tito a la conclusión de la Segunda Guerra Mundial. En el territorio de la antigua Yugoslavia se formaron además de la república que conserva este nombre las de Bosnia, Herzegovina, Croacia, Eslovenia y Macedonia.

Las tensiones separatistas al interior de los Estados nacionales no solamente se presentan en unidades estatales formadas en el siglo xx; también se observan, por ejemplo, en Italia, cuyo origen estatal se remonta al siglo xix, en donde la agrupación política denominada *Liga del Norte* ha manifestado la intención de convertir la región norteña de ese país, de gran desarrollo económico e industrial, en un Estado independiente. En España, cuya unidad nacional data de fines del siglo xv, se puede constatar el activismo violento de la ETA, organización terrorista que busca la independencia del País Vasco, y la acentuación pacífica de la identidad catalana que se va delineando en el marco de la regionalización autonómica que impera en España como una unidad política de características propias en el seno de una entidad de mucho mayor alcance, como es la Unión Europea.⁴⁶

Además, en muchos Estados nacionales se encuentran zonas de enorme dinamismo económico orientadas a la exportación, las cuales actúan con gran autonomía respecto del poder central. Esta autonomía deriva de su especial capacidad económica y puede manifestarse en términos de un régimen político específico. Kenichi Ohmae les llama *Estados-región*.

Ohmae llega a la conclusión de que las entidades verdaderamente funcionales para la *economía mundial*, esto es, para el conjunto de las enormes corporaciones, son lo que llama *Estados-región*. No se trata de áreas que abarquen varios Estados nacionales actuales, como la Unión Europea, sino de los espacios en los que se han venido concentrando diversas actividades productivas y financieras en condiciones que favorecen la inversión sin sujetarla a ningún tipo de regulación nacional. Entre los ejemplos de este tipo de nueva unidad económica cita a Hong Kong, Singapur, el

⁴⁶ Sobre algunos puntos de tensión de esta índole, véase "Nationalismes Régionaux en Europe", *Hérodote. Revue de géographie et de géopolitique*, 4o. trimestre 1999, núm. 95, La Découverte, París.

norte de Italia, la zona San Diego-Tijuana, el área de Silicon Valley y la Bahía de San Francisco en California, Pusan en Corea, la isla japonesa de Kyushu o la zona de Penang en Malasia. Hace notar que en varios casos se trata de áreas que pertenecen a dos Estados nacionales. Estos Estados-región están orientados a la economía mundial. Se trata en realidad de centros de operación de grandes empresas transnacionales que aprovechan diversas condiciones favorables, como disponibilidad de mano de obra, ausencia o mínima existencia de regulaciones laborales y buena posición para el abastecimiento de los insumos necesarios para su producción. Ohmae reconoce que, independientemente de las facilidades de traslado que brinda el mundo globalizado, siempre resulta conveniente contar de manera cercana con varios elementos de los que se requieren para su actividad económica y es necesario también, según la tesis del autor citado, que dispongan de una población relativamente considerable que constituya la base de un mercado local, pues si el tamaño del mercado potencial es pequeño no alcanzará la autosuficiencia como Estado-región, y si es demasiado extenso requerirá medios materiales de cohesión que impedirán que se consolide como un Estado-región. La población ideal de este tipo de Estados la hace fluctuar entre 5 y 20 millones de habitantes.

El funcionamiento de los Estados-región implica o bien una gran laxitud del gobierno local que se dedique prácticamente sólo al manejo del orden o, de preferencia, la lejanía y hasta desvinculación del gobierno central del Estado-nación en el que se encuentran ubicados. Supuestamente el Estado-región se concentra en la elevación del nivel de vida de sus ciudadanos por medio de la productividad, pero sin considerar ningún tipo de prestaciones sociales ni formas de equilibrio con otras regiones, y mucho menos vincularse al concepto de soberanía. “Los Estados-región son diferentes porque pueden dejar alegremente a un lado toda la parafernalia de la soberanía a cambio de la capacidad de aprovechar las *íes* mundiales a su conveniencia.”⁴⁷

El problema es que las unidades económicas a las que Ohmae llama *Estado-región* pueden llegar a constituir islas de prosperidad en medio de mares de miseria. La concentración intensiva de productividad y de sus beneficios combinada con tecnologías que requieren cada vez menos mano de obra, o métodos de trabajo que sobreexplotan al trabajador puede propiciar desequilibrios políticos de gran envergadura.

Las fuerzas centrífugas al interior de los Estados-nación parecerían contrarias al esquema globalizador. En realidad, ambas operan en un sentido coincidente. La imposición de condiciones uniformes por parte de los grandes intereses del capitalismo financiero resulta más sencilla en ausencia de unidades nacionales organizadas como Estados de gran tamaño. La aplicación de fórmulas de control que

⁴⁷ Kenichi Ohmae, *op. cit.*, pág. 112.

garanticen la prevalencia de las ganancias del capital en el marco de una legislación local que atribuya a la autoridad las obligaciones sociales, excluyendo de éstas a las grandes corporaciones, resulta más sencilla a través de unidades territoriales de menor tamaño cuyas poblaciones se forjen la ilusión de que han alcanzado una independencia política, cuando en realidad no pueden tomar ninguna decisión económica de importancia.

En consecuencia, podríamos concluir que el Estado-nación sigue siendo útil como regulador e intermediario que controla un ambiente cerrado sólo en aquellas áreas como las reglas del mercado laboral, el flujo migratorio y la construcción de infraestructura, los cuales resultan útiles para la concentración de recursos en las grandes empresas transnacionales. Empero, efectivamente carece de posibilidad de controlar la operación de éstas y de poner remedio a los desequilibrios sociales que se expanden por el mundo junto con la globalización.

La trampa de la globalización

Con este sugestivo título⁴⁸ apareció en español la obra de los alemanes Hans-Peter Martin y Harald Schumann, publicada en 1996 en Hamburgo, la cual contiene un interesante alegato contra los efectos nocivos de la globalización. Los autores afirman que este proceso concentra peligrosamente la riqueza, afecta gravemente el empleo y amenaza la democracia y el bienestar de millones de personas, al tiempo que traslada recursos públicos cada vez en mayor medida a las empresas transnacionales y disminuye la capacidad de acción del Estado-nación.

La situación sociopolítica mundial tiende a la inestabilidad debido a la globalización. Una tendencia observable se resume en lo que estos autores llaman *la sociedad 20:80*, en la cual sólo se requerirá 20% de la población para mantener la actividad económica mundial. Esta fracción concentrará la riqueza, en tanto que habrá 80% de marginados del bienestar. No sólo se observa una reducción de los puestos de trabajo, sino una disminución de las percepciones de las grandes masas de trabajadores. Las sociedades en el mundo se escinden cada vez más entre un pequeño número de ganadores y una mayoría de perdedores. Éstos demandarán con intensidad la corrección de los desequilibrios. “Sólo ingenuos teóricos o políticos cortos de vista creerán que se puede, como está ocurriendo actualmente en Europa, privar año tras año a millones de personas de trabajo y seguridad social sin pagar en algún momento el precio político por ello.”⁴⁹

En la primavera de 2002 me tocó presenciar en una carretera francesa la protesta de un grupo de trabajadores empleados por la empresa Mitsubishi en la fabri-

⁴⁸ *La trampa de la globalización*, Taurus, Madrid, 1998.

⁴⁹ *Idem*, pág. 17.

cación de teléfonos móviles. Mil familias habrían de quedar sin su fuente de ingresos por el cierre de la fábrica en Francia, cuyas operaciones se trasladarían a China. En la figura 8.1 se reproduce el volante que repartían los afectados en pleno corazón del Primer Mundo.

Las diferencias sociales parecen estar agudizándose, las 358 personas más ricas del mundo disponen de tanto dinero como 2 500 millones de habitantes del planeta⁵⁰ y el flujo de recursos ocurre de los países pobres hacia los ricos mediante el pago de enormes cargas por servicio de deuda, en tanto que los desarrollados se resisten a contraer un compromiso para financiar el desarrollo, como se descubrió en la Conferencia para el Financiamiento del Desarrollo celebrada en Monterrey, México, en marzo de 2002. Lo que se conocía como *Diálogo Norte-Sur* entre países desarrollados y subdesarrollados para encontrar fórmulas que cerraran la brecha entre ambos ha sido olvidado junto con la desaparición del conflicto Este-Oeste al concluir la Guerra fría, y su sustitución por dicha Conferencia no produjo ningún resultado práctico.

“La quinta parte rica de todos los Estados decide sobre 84.7% del producto interior bruto mundial, sus ciudadanos desarrollan 84.2% del comercio mundial y poseen 85.5% de todos los ahorros internos. Desde 1960, la distancia entre la quinta parte más rica y la más pobre de los países se ha más que duplicado...”⁵¹

La agudización de las diferencias sociales va haciendo que se reduzcan las clases medias y los muy ricos tienen que gastar mucho dinero en su seguridad. Han surgido barrios casi amurallados en los que se atrincheran tras refinados sistemas de seguridad, rodeados de grandes zonas pobladas por miserables.

En cuanto al empleo, el proceso globalizador se caracteriza por las fusiones de grandes empresas y el uso de tecnologías muy avanzadas que permiten limitar el número de operadores y empleados. Los recortes de personal se aplican de diestra a siniestra, el papel de los sindicatos se minimiza y es frecuente la disminución de prestaciones y de salarios a los obreros, quienes los aceptan con tal de permanecer trabajando. Entre 1991 y 1994 se perdieron en la industria alemana más de un millón de empleos. Las exigencias de la competencia en una escala mundial amenazan decenas de miles de puestos laborales en las instituciones bancarias, las telecomunicaciones, las líneas aéreas, las compañías de seguros, la industria automotriz y otros muchos sectores.

Las ventajas teóricas del libre comercio no están dando como resultado un aumento del bienestar general, como enseñaba David Ricardo en el siglo XIX y ha defendido el neoliberalismo, en razón de la teoría de la “ventaja del costo comparativo”. Esa teoría suponía una comparación de los costos de producción de país a

⁵⁰ *Idem*, pág. 35.

⁵¹ *Idem*, pág. 41.

Pays de VITRE
CFDT



Syndicat de la
Métallurgie

MITSUBISHI

Usine à vendre, 1000 emplois à reprendre !

Les téléphones mobiles **TRIUM** de **MITSUBISHI** seront désormais produits en **Chine!**

MITSUBISHI a annoncé la fermeture du site d'Étrelles et la restructuration des sites de Cesson Sévigné et Nanterre!

En passant devant l'usine à 10 kilomètres sur votre gauche (sortie Le Piquet), ayez une pensée pour les **1000 salariés qui vont perdre leur emploi.**

Où sont passées les promesses d'un avenir durable?

Les salariés se sont toujours investis à 200% depuis l'arrivée de **MITSUBISHI** en France, ces 11 années d'efforts sont aujourd'hui anéanties.

Quel gâchis!

Les salariés sont jeunes (moyenne d'âge 28 ans), motivés, hautement qualifiés et se sont souvent endettés pour s'installer dans la région.

Un site viable

La CFDT considère que le site d'Étrelles est viable et que les difficultés d'aujourd'hui sont dues à de mauvais choix stratégiques. La CFDT compte sur l'action du comité d'Entreprise et sur le résultat de l'expertise comptable nommé par le CCE pour en faire la démonstration.

Si malgré tout **MITSUBISHI** maintient sa décision de fermer le site d'Étrelles, la CFDT revendique pour chaque salarié la garantie d'un emploi correspondant à sa qualification et à ses compétences.

La CFDT exige que **MITSUBISHI** indemnise sérieusement les salariés des conséquences de ses choix stratégiques.

La CFDT confortée par le soutien des salariés lors des assemblées générales du mardi 12 mars demande aux élus politiques, à l'État, au Patronat de mettre tout en oeuvre pour satisfaire les exigences des salariés.

L'équipe CFDT Mitsubishi - mars 2002.

Figura 8.1 Volante que repartían, en Francia, los trabajadores de la empresa Mitsubishi.

país en la cual los dos involucrados en un comercio bilateral podían obtener beneficios. Pero en la época globalizadora las diferencias de costo pueden beneficiar a las empresas transnacionales que mueven su producción a través de todas las fronteras. Y ello no implica una ventaja para los países y sus habitantes. Los gerentes mundiales buscan ubicar sus fábricas donde pagan sueldos más bajos, no aportan impuestos, no cubren prestaciones y no asumen compromisos ambientales. Logran reducir sus costos al mínimo, pero golpean brutalmente el mercado de trabajo tanto en los lugares donde se instalan como en las metrópolis de donde proviene el capital. El comercio como fenómeno que se realiza al interior de la gran corporación, característica de la economía capitalista desarrollada, va en aumento. Aproximadamente la tercera parte del total del comercio mundial se realiza al interior de las redes de las empresas transnacionales.

Los consorcios bien organizados, como por ejemplo el gigante de la construcción de máquinas e instalaciones Asea Brown Boveri (ABB) con 1 000 filiales en 40 países, pueden en caso necesario desplazar la fabricación de cada producto o parte de él de un país a otro en pocos días. No son ya los distintos Estados y sus empresas nacionales los que ofrecen sus productos al comercio mundial para luego negociar o disfrutar sobre la distribución del beneficio obtenido dentro de los límites nacionales. En lugar de eso ahora los proletarios de todos los países compiten por el trabajo que pueden asumir en la producción mundial organizada.⁵²

Incluso en la economía más poderosa del mundo, la estadounidense, el proceso globalizador está afectando el nivel de vida de los sectores trabajadores. En 1995 el gobierno estadounidense presumió de un auge que para los primeros años del siglo XXI había desaparecido; pero en aquel momento el presidente Clinton podía afirmar que se habían creado más empleos que los suprimidos, a un ritmo de 210 mil al mes, y el porcentaje de desempleo había descendido a 5.3%, el más bajo de los países de la OCDE.⁵³ El dato que no se publicitaba era que 80% de los trabajadores estadounidenses estaba recibiendo un salario por hora inferior en 11% en términos reales al que se pagaba en 1973. El impacto ha sido mayor en la capa de menores ingresos, cuyo salario se redujo en 25% durante el mismo periodo. Por supuesto, hay quienes han logrado beneficios en este tiempo: los encargados de hacer más eficiente la producción global a costa de bajar salarios y despedir a trabajadores. La clase gerencial ha seguido mejorando su posición. Entre 1979 y 1995 sus percepciones se elevaron en 66%. En ese último año un alto directivo empresarial ganaba, en promedio, hasta 120 veces lo que recibía uno de sus asalariados. El presidente de la empresa Heinz, de la rama alimentaria, se embolsaba 80 millones de dólares al año, algo así como 40 mil dólares por hora.⁵⁴

⁵² Martin y Schumann, *op. cit.*, pág. 142.

⁵³ Véase el tema "Los impactos en los Estados subdesarrollados: crisis recurrentes".

⁵⁴ *Op. cit.*, págs. 148 y 149.

Las mejoras en la productividad sólo se reflejan en las ganancias de los accionistas, pero no bajan hasta el trabajador. Su participación en los beneficios no llega nunca, pues si pretende mejorar su situación salarial se le amenaza con cerrar la fuente de trabajo y llevarla a otro país con mano de obra aún más barata.

Todos estos cambios ponen en riesgo finalmente a las instituciones democráticas. La estabilidad democrática depende en gran medida de un grado razonable de satisfacción con el sistema por parte de una cantidad considerable de los miembros de la sociedad de que se trate. Ello supone una distribución de la riqueza que abarque a buena parte de la población, de modo tal que no exista un grupo lo suficientemente numeroso de inconformes que estén dispuestos a atacar con violencia las instituciones existentes.

La tiranía de un mercado omnipresente que suprime la expectativa de contar con trabajo estable, con prestaciones médicas y de retiro, y conduce a una sistemática disminución del nivel de vida de la mayoría, mina las bases mismas de la democracia. Ya hemos visto cómo los ideales democráticos avanzaron sobre bases de desarrollo económico sólidas ahí donde arraigaron a partir de Inglaterra, Estados Unidos de América y Francia. Los disturbios, las revueltas y las manifestaciones multitudinarias protagonizadas por los opositores a la globalización en las ciudades donde se efectúan reuniones de los representantes del poderío económico, como los de Seattle en 1999 y Génova en 2001, pueden aumentar en intensidad y virulencia y conducir a represiones cruentas que reduzcan progresivamente las libertades democráticas. También los electores pueden refugiarse en ofertas políticas que defiendan el proteccionismo y la vuelta a una economía nacional, las cuales están acompañadas de sentimientos xenofóbicos y actitudes autoritarias y excluyentes sostenidas por organizaciones de ultraderecha, como ya está ocurriendo en Austria y en Francia, donde en la elección presidencial de 2002 Jean Marie Le Pen alcanzó a disputar la segunda vuelta presidencial a Jacques Chirac y llevó a su partido de tendencias neofascistas a convertirse en la segunda fuerza electoral de aquel país desplazando a la izquierda de orientación socialdemócrata.

La búsqueda de gobernabilidad mundial

Las relaciones internacionales constituyen un factor determinante en los eventos nacionales dada la muy intensa interrelación de las actividades humanas por encima de las fronteras de los países. Los problemas nacionales no pueden ser resueltos a partir de acciones cuya dimensión se agote en el propio territorio; por eso es indispensable comprender y afrontar los problemas de la llamada *globalización* a fin de que esa realidad impuesta desde fuera pueda ser manejada a favor de los intereses de cada país. Estos asuntos son estudiados por el *Observatorio sobre la Globalización del Centro de Política Exterior*, en Trieste, Italia, institución dedicada a la investigación sobre los problemas de la interdependencia en el mundo actual.

En la propuesta principal de ese Instituto destaca el hecho de que el Estado sigue siendo el centro de la autoridad política, sin embargo, muchos de los problemas de la organización de la sociedad tienen sus raíces más allá de los límites geográficos de los países, y por otro lado existen tensiones al interior de los Estados nacionales que generan movimientos separatistas, los cuales amenazan la integridad territorial y por ello también la soberanía de dichos Estados. Así, se combinan los problemas que afectan al Estado desde el exterior, por el proceso de globalización, con los que la exigencia de mayor autonomía genera desde el interior, y por ello se reafirma el aserto de que el Estado nacional es muy grande para las cosas pequeñas y muy pequeño para las cosas grandes. Ello impulsa la necesidad de encontrar una forma de gobernabilidad mundial que sea más fuerte que los métodos actualmente existentes. Hasta ahora, de hecho, han existido diversos mecanismos que ordenan la vida en el mundo entero: el equilibrio del terror de la Guerra Fría o los órganos que operan como fuentes de financiamiento en el capitalismo triunfante, pero que también dictan normas sobre el comportamiento de los Estados y, por extensión, de los individuos que en ellos habitan. Empero, ninguna de estas formas de regulación ha estado inspirada en los principios y valores de la democracia.

En la práctica, la voluntad de los países más fuertes se impone sobre los más débiles. El *Observatorio sobre la Globalización* afirma que “no hay ninguna prueba ni histórica ni teórica, de que los Estados más democráticos se comporten mejor que otros en materia de política externa”.⁵⁵

Para avanzar en la solución de esta contradictoria realidad se propone el impulso de lo que denominan la *democracia cosmopolítica*, basada en que varios asuntos fundamentales como el control del uso de la fuerza en las relaciones internacionales o el respeto a los derechos humanos y a la autodeterminación de los pueblos sólo pueden lograrse con un mayor desarrollo de la democracia en escala mundial. Este modelo de democracia no surgiría de la suma de los sistemas democráticos de los Estados nacionales, porque no sería suficiente. Hay problemas como la protección del ambiente o la defensa de los derechos humanos en que los gobiernos nacionales no alcanzan la suficiente representación para resolverlos porque realmente representan una comunidad diversa de la que sufre las consecuencias directas o indirectas de los fenómenos que se supone que debe regular.

Por eso se plantea la necesidad de que a la globalización económica siga una verdadera globalización política, que permita a todos los ciudadanos del mundo hacer oír su voz en las decisiones que habrán de afectarlos. Se adelanta la idea de crear un Parlamento Mundial con representantes electos en todo el mundo, a la manera del actual Parlamento Europeo, que asuma facultades de decisión respecto de asuntos que afectan a la gente de todo el planeta. Que sea, por ejemplo, esa

⁵⁵ Daniele Archibugi, *La democracia cosmopolítica*, Asterios Editore, Trieste, Italia, 2000, pág. 17.

representación la que acuerde el uso de la fuerza contra un gobierno existente y no sean unos cuantos Estados poderosos los que decidan sobre la vida de civiles indefensos en Irak o en los Balcanes. Que sea una institución electa popularmente la que norme la vida financiera internacional y no quede ésta en manos de tecnócratas y analistas sentados frente a un teclado de computadora, en el que deciden sobre la calidad de vida de millones de personas.

Ya hemos dicho que la globalización se manifiesta por el hecho de que una persona puede ver afectada su vida de manera determinante e irrevocable por decisiones que se toman en lugares que desconoce y por personas con las que no ha tenido ni tendrá jamás ningún contacto. Millones de personas vemos afectadas nuestras vidas diarias por esas determinaciones que toman poderosos caballeros del dinero carentes de representación, de legitimidad y de base democrática. La economía globalizada que se juzga irreversible consiste en realidad en la imposición unilateral de políticas estandarizadas, sin que en su diseño exista ninguna consulta pública, ningún electorado que pueda decidir sobre ellas. A los fenómenos económicos y de comunicación electrónica que caracterizan a la globalización tendría que seguir su verdadera democratización.

La gran tarea democrática del futuro no puede agotarse en la aplicación de mecanismos electorales en el ámbito nacional. Debe plantearse como un imperativo el *democratizar* la globalización. A una economía mundializada debería corresponder una política globalizada fincada en principios democráticos, de manera que todos aquellos que pueden resultar afectados por las decisiones macroeconómicas globales discutan acerca de ellas, participen y, eventualmente, voten por quienes ostenten una representación legítima para aplicarlas. No es posible que el planeta siga desestabilizándose por una política económica que concentra cada vez más el poder y la riqueza en unos cuantos. Parece necesario profundizar en un esquema integrador de los parlamentos nacionales que sirva de simiente para la creación de un gran órgano representativo internacional en que se debatan las acciones tendientes a conducir la economía del mundo con la sensatez necesaria para no seguir comportándonos como si los recursos disponibles en la Tierra fueran infinitos y no existiesen riesgos de un estallido social, que también podría alcanzar dimensiones globalizadas.

Cada día se hace más clara la necesidad de instrumentar fórmulas de decisión política globalizada que sujete los fenómenos económicos a reglas convenidas mundialmente de forma democrática. Joseph E. Stiglitz es un economista reconocido, ganador del Premio Nobel de la materia en 2001, quien se desempeñó como vicepresidente del Banco Mundial. Conoce pues a fondo el funcionamiento de esta institución y por ello sus críticas al modelo globalizador tienen gran autoridad. Este autor destaca el hecho de que la globalización no ha reducido la pobreza en el mundo ni garantizado la estabilidad. “La creciente división entre los poseedores y los desposeídos ha dejado una masa creciente en el Tercer Mundo sumida en la

más abyecta pobreza y viviendo con menos de un dólar por día. A pesar de los repetidos compromisos sobre la mitigación de la pobreza en la última década del siglo xx, el número de pobres ha aumentado en casi 100 millones. Esto sucedió al mismo tiempo que la renta mundial total aumentaba en promedio 2.5% anual.”⁵⁶

Esta incontrovertible realidad conduce a la conclusión de que es indispensable construir instituciones globales que hagan posible su regulación. Stiglitz estima que debe contarse con “instituciones públicas globales” a fin de atender los asuntos que requieran la acción colectiva global.

En materia económica y financiera, instituciones como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial que deberían generar este tipo de acción colectiva, no operan eficientemente porque sus decisiones se toman en círculos cerrados que representan los intereses prevalecientes y no los del conjunto de los pobladores del planeta. Stiglitz propugna un cambio en la “gobernanza” de estas instituciones para que las determinaciones se tomen de manera más democrática. “Las acciones del FMI afectan las vidas de miles de millones en el mundo en desarrollo que sin embargo tienen poco que decir sobre ellas.”⁵⁷

Otra voz que cuestiona la viabilidad del sistema capitalista mundial y no precisamente porque tenga ideas comunistas es la de George Soros, quien hizo una brillante carrera mediante el manejo de fondos internacionales de inversión. Hace notar las insuficiencias del mercado globalizado para responder verdaderamente a las necesidades mundiales, pues estima que el fundamentalismo del mercado “pretende abolir la toma de decisiones colectivas e imponer la supremacía de los valores del mercado sobre todos los valores políticos y sociales”.⁵⁸ Soros considera que esta actitud es tan equivocada como el dogmatismo comunista, y pugna por un equilibrio correcto entre la política y los mercados. Hace notar la impotencia del Estado nacional para resistirse al poder de los mercados financieros globales y la inexistencia de instituciones que establezcan reglas de alcance internacional: “los mecanismos de toma de decisiones colectivas para la economía global simplemente no existen”.⁵⁹ En estas condiciones podría proclamarse el triunfo absoluto del mercado, pero los mercados financieros son intrínsecamente inestables; por tanto, el triunfo absoluto de los principios del mercado significa la instauración de la inestabilidad, y Soros se pregunta: “¿cuánta inestabilidad puede tolerar la sociedad?”⁶⁰ Este autor considera que la estabilización y regulación de la economía global necesitan algún sistema también global para la toma de decisiones políticas.

⁵⁶ Joseph E. Stiglitz, *El malestar en la globalización*, Taurus, Madrid, 2000, pág. 29.

⁵⁷ J. E. Stiglitz, *op. cit.*, pág. 281.

⁵⁸ George Soros, *La crisis del capitalismo global*, Debate, México, 1999, pág. 29.

⁵⁹ *Idem*, págs. 29 y 30.

⁶⁰ *Idem*, pág. 18.

Es incuestionable que cualquier mercado para ser eficiente requiere normas. Alguien tiene que asegurar a los agentes económicos que los contratos serán cumplidos, que la propiedad será respetada y que los transgresores serán castigados. Es posible concebir un Estado sin mercado, pero es imposible que el mercado funcione sin algún tipo de regulación estatal. Soros señala que no es necesario un Estado mundial, pero su concepto de sociedad global implica la posibilidad de que se establezcan reglas con una operatividad también globalizada.

En consecuencia, si la unidad económica no es ya el Estado nacional y tampoco los Estados-región de que habla Ohmae, puesto que éstos por definición son partes de una unidad mayor a la que denomina *economía global*, entonces ésta tiene que ser el nuevo marco de referencia para la organización política.

Algunos pensadores como Bernard Cassen, quien preside la Asociación organizada para tratar de lograr la aplicación de un impuesto de alcance global en las transacciones financieras, y Gérard Gourguechon, estiman que la solución es crear una suerte de “Estado mundial”. “El razonamiento es coherente: si sólo los Estados pueden oponerse a la ‘dictadura de los mercados’, en la medida que éstos han adquirido una dimensión planetaria, solamente un Estado mundial puede contrarrestar su poder.”⁶¹

La idea de un Estado mundial con un gobierno único es polémica. La ONU creó en 1992 la Comisión Internacional para un Ordenamiento Político Mundial (The Commission on Global Governance), la cual rechaza expresamente la noción de un gobierno mundial. La palabra *Governance* la traducen algunos por “gobernanza” y otros como *gubernancia*, pero no se considera equivalente a *Government*, es decir, *gobierno*. Los presidentes de la comisión de 25 miembros señalaron expresamente en su documento inicial que no se trata de proponer medidas para un gobierno mundial, el que según estiman podría conducir a un mundo “menos democrático” pues estaría quizá demasiado alejado de los ciudadanos, pero tampoco se trata de que el planeta opere sin normas, lo cual conduciría al caos. El reto consiste en “hallar un equilibrio que responda al interés de todos los seres humanos por un futuro estable, fundado en unos valores humanos fundamentales y que ponga de acuerdo a la organización mundial con la pluralidad global existente”.⁶²

La gran lucha del siglo XXI girará en torno a la extensión de la democracia para gobernar al mundo en su conjunto. Para que la globalización resulte positiva será indispensable que existan instituciones democráticas de alcance planetario que regulen la economía mundial a fin de que sus beneficios tengan una distribución equitativa.

⁶¹ Michel Barrillon, *ATTAC Encore un effort pour réguler la mondialisation!?*, Editions Climats, París, 2001, pág. 157. Página web: www.editions-climats.com.

⁶² Hans Küng, *Una ética mundial para la economía y la política*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000, pág. 302. Página web: www.fce.com.mx.

El Grupo de los Ocho

El proceso de globalización ha eludido cualquier forma de toma de decisiones democráticas para ser aplicada al conjunto de relaciones planetarias, pero no carece de organismos que orienten la vida del mundo entero a partir de sus determinaciones. Una de estas organizaciones constituida informalmente sin la suscripción de un instrumento jurídico internacional es la que se conoce a principios del siglo XXI como el *Grupo de los Ocho*, el cual actúa como un Directorio en el que se depositara una especie de *poder ejecutivo global*. Este grupo está formado por los jefes de gobierno de Estados Unidos de América, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Japón, Canadá y Rusia. El Grupo se inició en 1975 con la participación de Alemania, Francia, Estados Unidos, Japón, Reino Unido e Italia; al año siguiente se sumó Canadá y se adoptó el nombre de *Grupo de los Siete*. En ese entonces la Unión Soviética quedaba en el campo contrario al de los siete países capitalistas más industrializados, cuyos jefes de gobierno se reunían periódicamente. Con la caída del bloque soviético, desde 1994 el presidente ruso empezó a tener acceso a este selecto club y en junio de 1997 Rusia se integró de manera oficial, de modo que el G-7 se transformó en G-8, aunque Rusia no interviene en las cuestiones económicas y financieras.

El G-8 reúne a los países supuestamente más desarrollados, y digo *supuestamente* porque uno se pregunta cuáles son efectivamente los parámetros del desarrollo.

En el G-8 aparece, por supuesto, Estados Unidos, que medido desde el punto de vista de la producción económica es, sin duda, el país número uno en el mundo, pero desde el ángulo del respeto a los derechos humanos es uno de los pocos países que aplican la pena de muerte y comparte créditos en esa lista con China, Irak e Irán.

También forman parte del G-8 cuatro países europeos: Alemania, Reino Unido, Francia e Italia; sin embargo, no está presente España, cuyo presidente José María Aznar ha estado solicitando constantemente su ingreso, pero ha sido cortésmente rechazado. Las razones del rechazo no quedan claras: finalmente, España cuenta con una economía cada vez más boyante; sin embargo, carga un lastre de terrorismo que ha cobrado más vidas de españoles que las que ha costado el conflicto chiapaneco. Empero, también hay altos grados de violencia social en el Reino Unido de la Gran Bretaña por la disputa entre católicos y protestantes en Irlanda del Norte, las cuales han significado una constante amenaza para la tranquilidad de miles de personas sin que se alcance una solución. El racismo está creciendo cada vez más en Alemania y en Francia, lo que muestra que el Primer Mundo no las tiene todas consigo.

Japón es el representante de Asia cuya economía ha estado padeciendo reveses en los últimos tiempos, pese a que hace 20 años parecía imbatible y entonces se pronosticaba que para después del 2000 el país del Sol Naciente debería haber

llegado al nivel de superpotencia. Aparece en el grupo Canadá que, pese a compartir niveles de vida con el Primer Mundo, tiene problemas con su población indígena. Finalmente se agrega al grupo Rusia, cuyo título para sentarse con los “grandes” parece ser sólo el contar con ojivas nucleares que nadie sabe si de tan enmohecidas realmente funcionen, pero tampoco nadie quiere correr el riesgo de comprobarlo, y por lo menos así se satisface el ancestral orgullo ruso.

La finalidad del Grupo es coordinar la política económica y monetaria mundial, así como promover la globalización e integración económica propiciada por la apertura de los mercados. Originalmente los temas fueron de naturaleza estrictamente económica, pero desde la década de 1980 se fue ampliando la agenda para incorporar asuntos como el tráfico de drogas, la extensión de los procesos democráticos o el combate a la corrupción. Las reuniones de esta especie de Comité Ejecutivo de la Globalización han sido cada vez más cuestionadas por quienes objetan los efectos depauperadores del proceso globalizador.

En el encuentro sostenido por los jefes de Estado que lo integran, en julio de 2001, en la ciudad italiana de Génova, se produjeron violentas manifestaciones durante las cuales murió el joven Carlo Giuliani y muchas personas fueron llevadas a prisión. Las protestas contra la globalización, que han venido aumentando desde fines de la década de 1990, han impulsado al Grupo a ocuparse de temas de carácter social, como el combate a la pobreza y la reducción de la deuda externa de los países menos desarrollados y de asuntos como el apoyo económico para el combate al sida; sin embargo, los resultados obtenidos en estas materias han sido mínimos.⁶³

La integración de bloques económicos

Las realidades de la globalización han generado una tendencia a la unión de diferentes Estados nacionales para formar espacios económicos de mayor tamaño. Esto permite integrar y complementar las economías nacionales facilitando el comercio mediante la supresión de las barreras aduanales. Las formas de asociación económica interestatal asumen diversos mecanismos en varias regiones del globo. La que ha logrado un mayor avance es la desarrollada en Europa a partir de mediados de la pasada centuria. En virtud de que la evolución de la Unión Europea ha rebasado las cuestiones estrictamente económicas para profundizar en una unidad de tipo político, la analizaremos más adelante como una verdadera nueva forma de Estado y en los apartados siguientes nos referiremos a mecanismos de integración económica.

⁶³ Véase *El Estado del mundo*, Anuario económico y geopolítico mundial, Akal, Madrid, 2000, 2001 y 2002, pág. 582 y *Almanaque Abril 2002*, Editora Abril, Sao Paulo, Brasil. Página web: www.abril.com.br.

Los procedimientos para enlazar diversas funciones de naturaleza económica se manifiestan mediante fórmulas que abarcan espacios territoriales contiguos y significan unidades que pueden tender a la formación futura de entidades estatales de mayor tamaño, como ha ocurrido en el caso de la Unión Europea, o bien caracterizarse por un esquema funcional que regula relaciones comerciales y financieras mediante normas de aplicación general a los países que participan en ellas, aunque no sean geográficamente contiguos. Entre las primeras formas destacan el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN o NAFTA, por sus siglas en inglés), el MERCOSUR y la APEC; en las segundas la OMC (WTO, por sus siglas en inglés) y la OCDE.

TLCAN, MERCOSUR y APEC

TLCAN. El Tratado de Libre Comercio de América del Norte, también conocido como *NAFTA* (North America Free Trade Agreement), reúne a Estados Unidos de América, Canadá y México en un área de libre circulación de mercancías y capital, pero no de personas. Las pláticas para su formación se iniciaron en 1988, originalmente entre Canadá y Estados Unidos. A principios de la década de 1990, México se incorporó a las negociaciones que culminaron en 1993 y el Tratado entró en vigor el 1o. de enero del año siguiente. En el mismo se propone la supresión de todas las barreras arancelarias al intercambio comercial entre sus miembros, para ser alcanzada totalmente en el año 2008. El Tratado vio crecer en 156% el comercio regional durante sus primeros siete años de vigencia. México incrementó de manera considerable su plataforma de exportación, pero su producción agropecuaria se vio severamente dañada por la competencia con la economía estadounidense, que subsidia fuertemente a los productores del campo. Ello ha afectado mucho al sector primario mexicano y ha propiciado la expulsión de una mayor cantidad de población propensa a la inmigración indocumentada hacia Estados Unidos. La ausencia de un acuerdo migratorio que liberalice el flujo de personas plantea graves dificultades para la posibilidad de una verdadera integración económica en la región.

MERCOSUR. En América del Sur, Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay buscaron integrarse comercialmente frente a las necesidades que impone la globalización. El Mercado Común de América del Sur entró en vigor el 1o. de enero de 1995. A él se han agregado como miembros asociados Chile y Bolivia. Entre los primeros cuatro países existe un área de libre comercio por la cual puede circular 90% de las mercancías producidas en ellos sin ningún impuesto de importación. Quedan todavía algunas áreas en las que se aplican aranceles. Chile estaba en proceso de incorporación como miembro pleno a partir de su solicitud de adhesión en el 2000, pero ese mismo año el gobierno chileno anunció su intención de firmar un acuerdo bilateral de libre comercio con Estados Unidos de América y su ingreso al MERCOSUR quedó sus-

pendido. Por otra parte, México, Panamá y Venezuela están en proceso de acordar mecanismos de libre comercio con el MERCOSUR.

APEC. En la Conferencia de Cambera de 1989, Australia lanzó la iniciativa de crear un mecanismo de cooperación económica entre los países de Asia Oriental y del Océano Pacífico. En 1993 se formalizó la propuesta de establecer una zona de libre comercio con el nombre de *Cooperación Económica Asia-Pacífico (Asia Pacific Economic Cooperation)*. A mediados de 2001 esta organización comprendía los miembros siguientes: Brunei, Chile, Federación de Malasia, Filipinas, Indonesia, Singapur, Tailandia, Australia, Nueva Zelanda, Japón, Estados Unidos de América, Canadá, México, Papua-Nueva Guinea, Corea del Sur, China, Hong Kong, Taiwán, Perú, Rusia y Vietnam. Las transacciones comerciales entre ellos se efectúan mediante un complejo régimen de tarifas diferenciadas que no llegan aún a formar un bloque de comercio libre. La región es tan extensa y heterogénea que podría objetarse incluso el concepto de continuidad geográfica, pero es evidente que todos están relacionados por el espacio común que representa el Océano Pacífico, así sea éste de dimensión gigantesca, la cual, por supuesto, no constituye un obstáculo para la realización de intensos intercambios mercantiles. El volumen de éstos es el mayor en el mundo, ya que representa 46.9% de las mercaderías exportadas por este tipo de asociaciones comerciales.

Es muy interesante destacar que Hong Kong, a pesar de estar formalmente integrado políticamente a China, actúa en la APEC como si fuese un Estado independiente. Ello refuerza las observaciones de Ohmae en cuanto a la existencia de Estados-región definidos por las características de su actividad económica.

La sede de la APEC se encuentra en Singapur.

La OMC y la OCDE

OMC. La Organización Mundial del Comercio (WTO, World Trade Organization), con sede en Ginebra, forma parte del sistema de las Naciones Unidas y tiene por objeto promover y regular el comercio entre las naciones. Surgió en 1995 en sustitución del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT). Entre las principales actividades de esta organización están la de supervisar los acuerdos de carácter comercial, establecer un foro de negociaciones comerciales multilaterales y resolver disputas entre sus miembros. En 2002 pertenecían a la OMC 144 países, entre los que destaca la incorporación a principios de dicho año de la República Popular de China, con su población de 1 285 millones de habitantes. La Unión Europea, como un conjunto, se considera también miembro de la OMC. Uno de los aspectos principales que hacen a esta agrupación particularmente significativa en la teoría moderna del Estado es su efecto sobre las soberanías nacionales, ya que tiene la facultad de imponer sanciones comerciales a sus miembros y la de ejercer una función de tipo

jurisdiccional a través de la creación de los llamados *páneles* que resuelven controversias y tienen la posibilidad de imponer forzosamente sus decisiones.

OCDE. La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico se integra por los 30 países de mayor potencialidad económica. Su origen se remonta a 1948, cuando se fundó la Organización Europea de Cooperación Económica, cuyo propósito era facilitar la reconstrucción de Europa después de la Segunda Guerra Mundial, mediante la ayuda estadounidense. En 1960 se amplió su alcance para constituirse como Foro de Discusión, Consulta y Coordinación de Políticas Económicas y Sociales entre los países de mayor desarrollo económico; por eso se le considera también como el *Club de los Países Ricos*.

Los principios que rigen esta organización son la economía de mercado, la democracia pluralista y el respeto a los derechos humanos. Su sede se encuentra en París y en 2002 estaba constituida por Alemania, Austria, Bélgica, Canadá, República Checa (desde 1995), Corea del Sur, Dinamarca, España, Estados Unidos de América, Finlandia, Francia, Grecia, Hungría (desde mayo de 1996), Irlanda, Islandia, Italia, Japón, Luxemburgo, México (desde 1994), Noruega, Nueva Zelanda, Países Bajos, Polonia (desde julio de 1996), Portugal, Reino Unido, Eslovaquia (desde 2000), Suecia, Suiza y Turquía. Yugoslavia poseía un estatuto especial; Rusia ha presentado su candidatura.⁶⁴

Los impactos en los Estados subdesarrollados: crisis recurrentes

La globalización ha mostrado su cara menos favorable en los efectos producidos sobre los múltiples Estados subdesarrollados que permanecen presas de un círculo vicioso generado por el profundo endeudamiento en el que incurrieron a partir de la sobreabundancia de dólares en el mercado mundial, que se produjo por el desmedido aumento de los precios del petróleo a principios de la década de 1970. Es paradójico que países como México, Corea del Sur o Turquía aparezcan en la lista de los países ricos de la OCDE y al mismo tiempo hayan sido golpeados por crisis financieras de efectos devastadores para sus poblaciones.

Las deudas contraídas por un sinnúmero de países, con el espejismo de que servirían para alcanzar el desarrollo, se establecieron con un sistema de intereses flotantes que las hicieron absolutamente inmanejables e impagables puesto que tales intereses se acumulaban a velocidades y en montos que imposibilitaban su pago a partir de la capacidad productiva de dichos países. Esta situación produce una constante necesidad de volúmenes cada vez mayores de dinero que sólo pueden ser conseguidos en los llamados *mercados financieros* en los que se compran y venden

⁶⁴ *El Estado del mundo, op. cit.*, pág. 582.

divisas, es decir, monedas de otros países y títulos de valor, como acciones o bonos, que se supone que están respaldados por una riqueza tangible. No obstante, estos mercados financieros al poner en venta tales títulos en un ambiente de alta demanda por las necesidades que muchos países tienen de esos recursos, hacen que el precio de los mismos se dispare excesivamente en relación con las riquezas reales que se supone que representan.

Los mercados financieros teóricamente captan recursos que le sobran a quien invierte en ellos, para ponerlos a disposición de quienes los necesitan para financiar actividades productivas, pero muchas veces el que los adquiere pagando un valor superior a lo que efectivamente valen, lo hace no para generar una nueva riqueza con base en el trabajo productivo, sino solamente para pagar lo que antes debía. El prestamista aumenta de esta manera su lucro, pero quien se encuentra endeudado entra en una espiral en la que debe cada vez más dinero sin que haya producido ninguna nueva riqueza; sin embargo, aquellas de las que dispone ya no respaldan suficientemente sus obligaciones y se va colocando día a día en una situación financiera insostenible que de manera indefectible conduce a la quiebra. Como los países no quiebran en el sentido en que lo hacen las empresas, ni sus activos pueden ser rematados entre los acreedores incluyendo, por ejemplo, pedazos de territorio con sus respectivos pobladores, las cuentas de las deudas se incrementan de tal forma que se imponen nuevas cargas a la población para que se sigan haciendo los pagos indefinidamente.

En términos reales la deuda inicial ha sido pagada con creces, pero como los valores ficticios siguen aumentando el débito, nunca se acaba de cubrir. Se produce así una inflación de los valores financieros que circulan en los mercados cuyas instituciones representativas internacionales son las bolsas de valores, las empresas de corretaje, los bancos y las aseguradoras. En ese circuito se estima que se mueven diariamente cerca de 2 billones de dólares. Si consideramos que el Producto Interno Bruto de México, generado por una población global de 100 millones de personas, aunque no todas ellas sean económicamente activas, es de aproximadamente 650 mil millones de dólares en un año calendario, quiere decir que los flujos de esos mercados financieros representan más de tres veces *en un solo día cuatro veces el PIB anual* de una economía como la mexicana. Aproximadamente 75% de esos 2 billones de dólares se encuentran concentrados en las instituciones financieras de los países ricos.⁶⁵

En ese conjunto de instituciones financieras se manejan recursos que tienen por objeto invertirse en actividades productivas como la creación de nuevas empresas que implican la compra de mercancías y el pago de salarios, que a su vez se traducirán en la demanda de satisfactores, con lo que se generará nueva riqueza,

⁶⁵ *Almanaque Abril*, 2002, Editora Abril, São Paulo, pág. 60.

pero también existe un conjunto de inversiones denominadas *especulativas*, de capital volátil, que producen ganancias sólo por el hecho de que el papel en el que está invertido subió de precio en virtud de que muchas personas están demandándolo, pero no porque la riqueza que representa se haya acrecentado. Del mismo tipo son aquellas inversiones que se hacen en una determinada divisa que está fluctuando en el mercado en razón de quienes desean comprarla o venderla. Los operadores de los mercados de capital atienden a pequeñísimas variaciones en el valor de esas monedas, las cuales pueden ser significativas cuando se trata de grandes inversiones que se manejan también a grandes velocidades. Por ejemplo, si alguien compra a las 9 de la mañana en la bolsa de París mil millones de dólares y los vende a las 12 del día en la bolsa de Nueva York con una ganancia de una milésima de dólar, por la fluctuación del valor de esta moneda, habrá ganado un millón de dólares en nueve horas con sólo hacer dos llamadas telefónicas, sin que exista nueva riqueza creada en ese tiempo, que respalde ese millón de dólares.

Cuando este tipo de capital ingresa en la economía de un país subdesarrollado no se traduce en instalaciones materiales, pero aparece en la contabilidad como un dinero que ha ingresado y está representado por valores en bolsa. El valor de la moneda local está soportado en las cuentas por ese dinero, pero si muchos inversionistas se retiran simultáneamente para poner esas sumas en otro lugar donde obtengan mayor margen de utilidad, la economía que hasta un día antes producía prácticamente lo mismo, pierde valor nominal en su conjunto. A este fenómeno se le denomina *ataque especulativo*, ya que el inversionista que retira su capital se lo lleva generalmente en dólares. El banco central del país atacado saca a la venta dólares de su reserva; al aumentar la demanda de esta moneda, su precio sube y ello provoca una devaluación de la moneda local. Los empresarios del país atacado que tenían débitos en dólares ven automáticamente aumentar el valor de su deuda en moneda nacional y, por tanto, deberán producir más durante más tiempo y tratar de pagar menos a sus trabajadores para poder cubrir el monto de la deuda en moneda extranjera.

Los países subdesarrollados se han visto sometidos a este tipo de ataque con frecuencia recurrente. La primera gran crisis de la década de 1990 tuvo lugar en México a fines de 1994, en la cual el peso perdió 60% de su valor en unos cuantos días.⁶⁶ En estos casos, la insolvencia del país y de sus productores amenaza desequilibrar el sistema financiero mundial, pues quienes han invertido en esa nación se encuentran ante la perspectiva de no recuperar su dinero y generalmente son inversionistas de los países ricos. La nación endeudada tiene que recurrir a nuevos préstamos del Banco Mundial o del Fondo Monetario Internacional e incluso de otros países cuyos inversionistas les exigen que se garantice la inversión hecha.

⁶⁶ Véase *L'Etat du Monde*, Editions La Découverte, París, 1996, pág. 257.

Eso explica que el gobierno de Bill Clinton haya aportado a México un fondo de emergencia de 20 mil millones de dólares.⁶⁷

Pocos años después, en 1997, el fenómeno ocurrió en el sudeste asiático. La economía japonesa sufría una recesión y las perspectivas de desarrollo de los países conocidos como los *tigres asiáticos*: Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Tailandia, Indonesia, Malasia y Hong Kong, que habían experimentado un sostenido crecimiento económico por varios años, fueron víctimas del llamado *ataque especulativo*. El valor de las monedas de la zona se derribó minuto a minuto afectando todas las actividades productivas, el empleo y el nivel de vida en naciones que hasta entonces se consideraban ejemplos por seguir en cuanto a la organización de su economía.

En 1998 le tocó a Rusia. Ante la insuficiencia de fondos suspendió el pago de la deuda externa de las empresas privadas que se estimaba en 40 mil millones de dólares y el rublo, unidad monetaria de ese país, perdió 75% de su valor.

Los organismos financieros internacionales ofrecieron el refinanciamiento de la deuda con nuevos préstamos que ataron la economía rusa, trasladada del régimen socialista al capitalista, al condicionamiento que implica la aceptación de reglas de los organismos financieros internacionales, particularmente el FMI.

Las redes de comunicación entre las distintas bolsas de valores del mundo implican que cuando fluyen recursos a determinado lugar para detener una sangría financiera, éstos son retirados de alguna otra parte y causan efectos que los financieros y los medios de comunicación bautizan de manera festiva, independientemente del daño que ocasionan a millones de personas. Se habló así del *efecto tequila* cuando se trató de México; el *efecto dragón* cuando fueron los asiáticos; el *efecto vodka* para referirse a Rusia y el *efecto samba* cuando Brasil resintió la salida de capitales para cubrir las necesidades rusas y como consecuencia de ese nuevo ataque especulativo este país sudamericano sufrió una fuerte depreciación de su moneda, el *real*, en enero de 1999. La cadena de crisis se ha acelerado y profundizado. En 2001 le correspondió a Argentina, que había recurrido al expediente de vincular, de manera fija, el valor de su moneda al dólar. En teoría, el dinero que los argentinos tenían en los bancos representaba un dólar estadounidense por cada peso. Sin capacidad de seguir cubriendo sus deudas, el gobierno argentino empezó por reducir los salarios de los funcionarios y a elevar los impuestos, pero el ataque especulativo resultó incontenible y ya que en la realidad los pesos argentinos no eran dólares, se impidió a los cuentahabientes rescatar su dinero. A esta expropiación forzada la bautizaron los periódicos como *el corralito* y significó la pérdida efectiva del ahorro de millones de personas, que quedaron en condiciones de pobreza sin poder rescatar lo que habían guardado en los bancos y teniendo sólo la promesa de que en algún momento futuro recuperarán una parte de ese dinero, que se cotizaba

⁶⁷ Martin y Schumann, *op. cit.*, pág. 59.

en septiembre de 2002 a 3.70 pesos argentinos por dólar. En el verano de 2002 Uruguay vivió una situación idéntica y Brasil entró también en crisis económica.

Todos estos datos evidencian una falla estructural del sistema financiero mundial que concentra cada vez más utilidades en los países capitalistas posindustriales, en tanto que aquellos que se supone que aplican recursos para financiar un desarrollo futuro se encuentran en condiciones cada vez peores. En general podríamos hablar de una especie de *efecto droga*, no en el antiguo sentido de la palabra que equiparaba la droga a la deuda (por algo sería), ya que las economías subdesarrolladas parecen depender cada vez más y en mayor medida de inyecciones de capital especulativo que, a la manera de una droga, sólo producen un bienestar temporal y ficticio que conduce a nuevas crisis de las que sólo se sale con el aumento de las dosis.

Las megafusiones y los fraudes corporativos

Una característica del desarrollo capitalista a partir de los inicios del siglo XX fue la tendencia a la concentración de los grandes capitales mediante la compra de empresas de menor tamaño por parte de las empresas mayores. Esto significaba la aplicación en el mundo de los negocios del principio de que “el pez grande se come al chico”. Los dueños de grandes fortunas amasadas con la expansión económica estadounidense en actividades como la construcción de ferrocarriles o la extracción de petróleo estimularon la especulación en la bolsa de valores desde fines del siglo XIX, y con las ganancias obtenidas iban comprando compañías pequeñas o medianas dando lugar a la formación de grandes monopolios. Estos primeros magnates fueron conocidos como *robber barons* (*barones del saqueo*).

En la década de 1920 se produjo una segunda oleada de fusiones de empresas que propiciaban un alza efímera del precio de las acciones pero a la postre, como éste no estaba sustentado por un aumento real de los activos ni por un incremento en el volumen de negocios, los valores bursátiles acabaron despeñándose. No obstante, de estas fusiones empezaron a surgir las grandes corporaciones modernas como DuPont y General Electric. En esa década se fundaron los primeros despachos de consultoría en materia gerencial, cuyas actividades se expandieron con los años hasta llegar a desempeñar un papel muy importante en el impulso de las grandes fusiones de fines del siglo.

En la década de 1980, con el nuevo impulso al capitalismo en razón de las tendencias neoliberales propiciadas por el gobierno de Ronald Reagan en Estados Unidos de América y Margaret Thatcher en Inglaterra, que propugnaban la desregulación del mercado y el libre juego de todas las fuerzas económicas sin importar las posibilidades de alta concentración de recursos o el impacto sobre el empleo, “la industria de los servicios financieros se transformó en inventora y comerciali-

zadora agresiva de herramientas financieras, incluyendo la compra apalancada y otras armas de *Fusiones y Adquisiciones*".⁶⁸ Así, y pese a las experiencias anteriores, en la década de 1990 se produjo nuevamente la aceleración de los procesos de compra de unas empresas por otras, involucrando cifras gigantescas de dólares.

En teoría, las uniones de grandes consorcios permitirían abaratar los costos, como hemos visto, principalmente a través de la disminución de puestos de trabajo, además de lograr la integración de procesos tecnológicos y de servicios comunes, de manera que los enormes conjuntos corporativos así integrados alcanzarían la máxima competitividad. Estas fusiones significan un gran negocio para los ejecutivos que las propician, quienes cobran millones de dólares por su participación en los negocios, para las firmas de asesoría y para los bancos que intervienen en el financiamiento de las transacciones. Un director ejecutivo que participó en 1996 en la fusión de Qwest Communications y US West, dos empresas de comunicaciones estadounidenses, se embolsó 26 millones de dólares por concepto de "pago por crecimiento". Los grandes bancos obtuvieron ganancias entre 25 mil y 50 mil millones de dólares al año por este concepto.

Las fusiones empresariales tienden a producir una reacción en cadena. Cuando dos grandes corporaciones se funden, sus competidoras buscan hacer lo mismo, supuestamente para estar en mejores condiciones de competir. En realidad, la experiencia ha demostrado que estos conjuntos de enorme tamaño no siempre incrementan su capacidad competitiva; más aún, en la mayor parte de los casos parecen quedar en condiciones de desventaja frente a las empresas que han mantenido su individualidad. En 1998 Daimler compró Chrysler y tanto Ford como General Motors iniciaron la compra de otras compañías armadoras de automóviles en diferentes lugares del mundo; empero, BMW, Porsche y Toyota se mantuvieron aisladas y sus beneficios han sido mayores.

De cualquier modo, el rasgo predominante en el capitalismo desarrollado en la era de la globalización ha sido la tendencia a realizar megafusiones y el monto de las mismas se ha ido incrementando. Antes de 1996 las 100 uniones de empresas más importantes significaron un total de mil millones de dólares, pero en los años subsecuentes una sola fusión podía rebasar fácilmente esa cifra y pronto se dispararon a las decenas de miles de millones, llegando al punto de que la compra de Time Warner por parte de American On Line significó la inimaginable cantidad de 106 mil millones de dólares en el año 2000. El valor total de este nuevo conglomerado fue de 164 700 millones de dólares.

⁶⁸ Revista *Newsweek en español*, 10 de julio de 2002, pág. 40. *Compra apalancada* quiere decir mediante la obtención de créditos y *Fusiones y Adquisiciones* son los departamentos de las grandes empresas consultoras que se dedican exclusivamente a esa actividad.

Una fusión estimulaba la realización de otras y aunque empezaban a aparecer signos de que se estaba creando una gigantesca burbuja que tarde o temprano habría de estallar, los bancos y las firmas asesoras seguían propiciando las compras de empresas aunque no se lograran las supuestas mejoras en rentabilidad. La revista *Newsweek* publicó en julio de 2002 un estudio que mandó hacer sobre los efectos de estas fusiones, en el que se demuestra que el valor de las acciones cayó y la competitividad disminuyó en la mayoría de los casos. A continuación se reproduce el cuadro correspondiente.

En los 12 meses después de anunciadas, 11 de las principales 20 fusiones del 2000 vieron caer sus acciones y 12 estaban por debajo de sus rivales.

En el año 2002 empezó a sentirse la “resaca” derivada de la embriaguez que implicó este crecimiento acelerado y artificial de las grandes corporaciones. Ante la necesidad de mantener una fachada de obtención de utilidades, las grandes empresas comenzaron a aplicar trucos en su contabilidad para aparentar beneficios inexistentes; incluso los que eran verdaderos gastos los transformaban, por medio de maniobras contables, en supuestas ganancias para mantener un valor elevado de

Tabla 8.1 Resultados de grandes fusiones corporativas.

| <i>Tamaño*</i> | <i>Comprador/ Objetivo</i> | <i>Cambio de precio</i> | <i>Cambio contra rivales*</i> |
|----------------|--------------------------------|-----------------------------|-----------------------------------|
| 164.7 | AOL/Time Warner | -46% | -28% |
| 75.9 | Glaxo/SmithKline | 2 | 3 |
| 42.8 | Chevron/Texaco | 4 | 10 |
| 41.1 | JDS/SDL | -92 | -16 |
| 33.5 | Chase/JPMorgan | -34 | 12 |
| 30.9 | Citigroup/First Capital | -24 | -2 |
| 25.0 | Unilever/Bestfoods | -25 | 22 |
| 21.1 | Verisign/Network Sol. | -82 | -5 |
| 21.0 | Firststar/US Bancorp | 0 | 8 |
| 19.4 | Zurich/Allied Zurich | -23 | -14 |
| 19.2 | Philip Morris/Nabisco | 84 | 0 |
| 18.5 | Veritas/Seagate | -72 | -16 |
| 16.5 | UBS/PaineWebber | -6 | .2 |
| 16.0 | El Paso Energy/Coastal | 57 | 17 |
| 15.3 | JDS/E-Tek | -46 | 3 |
| 14.3 | Pepsi/Quaker Oats | 9 | 28 |
| 13.5 | Credit Suisse/DLJ | -23 | 13 |
| 11.8 | FirstEnergy/GPU | 11 | 0 |
| 11.2 | Ga. Pacific/Ft. James | 30 | 3 |
| 11.1 | AXA/AXA Financial | -30 | 1 |

* En miles de millones de dólares.

* Cambio de relación con los rivales.

Fuente: Thompson Financial, para *Newsweek*.

sus acciones que no tenían ningún sustento real. El primer gran gigante en derrumbarse a principios de 2002 fue la empresa ENRON, dedicada al negocio de la energía, que había tenido un crecimiento espectacular y supuestamente sus acciones ofrecían grandes ganancias combinadas con seguridad en la inversión. Posteriormente se vino abajo WorldCom, cuyas acciones duplicaban su valor en Wall Street cada año, lo cual evidentemente constituía una muestra de una sobrevaloración, pero en lugar de verse como un síntoma peligroso e ilusorio, era festejado en el mercado de valores. La realidad se impuso a mediados de 2002 cuando se descubrió que había falsificaciones en su contabilidad por 3 850 millones de dólares de beneficios inexistentes. Cada acción de WorldCom que llegó a tener un valor de 64.5 dólares en 1999 se vendía en los primeros días de julio de 2002 en 83 centavos de dólar.

En el mismo mes de julio la empresa Merck, del ramo farmacéutico, hizo público el hecho de que había reportado ganancias indebidas y esa situación tendía a repetirse en otros consorcios como Vivendi Universal. En las maniobras que han permitido generar esta desproporcionada inflación que da a las acciones en las bolsas valores que no corresponden a la realidad, se han hecho cómplices despachos contables de alcance transnacional, como la firma Andersen, inventora del concepto *contabilidad creativa* para defraudar a millones de personas en todo el mundo.

El gobierno de Estados Unidos de América anunció en julio de 2002 acciones tendientes a penalizar a ejecutivos y contadores que participaran en actividades de esta naturaleza, pero no quedaba claro el alcance que podría tener este fenómeno en la era del Estado poscapitalista.

Ecología y globalización

El desarrollo capitalista conlleva un conjunto de costos ocultos que han provocado efectos no deseados y excluido de sus beneficios a millones de habitantes del planeta, lo cual ha producido un conjunto de reacciones adversas que ven en la globalización una amenaza en contra de grandes grupos del género humano. Una de estas reacciones tiene que ver con el costo del impacto ecológico de la productividad como la entiende el capitalismo actual. Una de las fórmulas más interesantes es la que señala que dicho impacto puede medirse en función de la multiplicación de tres factores: el consumo, la tecnología y la población. Este procedimiento permite tomar en cuenta el hecho de que el consumo refleja el nivel de vida de quienes lo realizan; la tecnología permite establecer una relación entre los bienes que se explotan y el producto que se obtiene, y la cantidad de la población determina la distribución de lo producido entre los habitantes existentes.

Los estudiosos en esta materia han acuñado el concepto de *huella ecológica*, que permite determinar la medida de los recursos ecológicos que se requieren para

sostener a un número determinado de pobladores en el planeta, manteniendo cierto nivel de consumo y un grado de avance tecnológico. Este criterio consiste en dividir la superficie productiva de nuestro mundo entre su número de habitantes. A mediados de la década de 1990 cada ser humano tenía derecho a una hectárea y media de espacio productivo. El concepto de *huella ecológica* supone una relación entre oferta y demanda de espacio vital. La oferta está representada por los recursos de la biosfera, la cual tiende a disminuir por fenómenos como la deforestación, la desertización o la erosión. La demanda implica la capacidad para adueñarse de esos recursos vitales.

De este modo, un estadounidense medio consume entre cuatro y cinco hectáreas de recursos vitales, esto es, más del triple de aquello a lo que tendría derecho si el reparto fuese absolutamente equitativo. En general, podría decirse que cada persona, viva donde viva, si alcanza un nivel de vida por encima del término medio estará consumiendo más recursos vitales de la biosfera que los que le corresponderían en términos estadísticos. Esto complica aún más las previsiones del desarrollo futuro. Si suponemos que efectivamente la economía de mercado acabará por impulsar a los países tercermundistas a un mayor nivel de consumo, esto implicará el incremento de la *huella ecológica* de los habitantes de los países emergentes. Si éstos aumentan su consumo estarán necesariamente ampliando su nivel de cobertura del área productiva del planeta.

Quienes piensan que estas previsiones son catastrofistas acuden a la idea de que la tecnología hará posible formas de producción mejores que las ahora conocidas, las cuales permitirán sostener una población mucho mayor. Sin embargo, la velocidad del cambio tecnológico no parece responder en las últimas décadas a las necesidades del aumento de población. Podría afirmarse que los avances tecnológicos de la primera mitad del siglo xx fueron mucho mayores que los que hemos experimentado en las últimas décadas: el cambio entre el avión de los hermanos Wright y el Jumbo significó una diferencia mucho mayor que la que han experimentado los aviones en los últimos 40 años; el paso del telégrafo a la televisión no tiene equivalente a partir de la aparición de este último invento; el mundo de las computadoras se modifica a gran velocidad y tiene su propio mercado de acciones, pero no está significando un cambio de productividad material y, en consecuencia, la transformación tecnológica no permite prever una satisfacción real de las necesidades de miles de millones de pobladores del planeta.

No se trata de volver a argumentaciones malthusianas que prevean catástrofes por el crecimiento de la población, sino de entender que el mundo tiene recursos limitados y que si bien la tecnología puede evolucionar al grado de permitirnos una explotación mucho más eficiente de esos recursos, hasta ahora no conocemos técnicas que hagan esto posible e incluso los avances en tecnología biológica, como la existencia de productos transgénicos, genera desconfianza en la población y dudas hasta en los científicos, de manera que no se puede apostar plenamente a esa solu-

ción. Es preciso, por tanto, replantear las condiciones del sistema económico mundial a la luz de variables que no sólo se midan con un criterio económico, sino también social. Ello significa tomar en cuenta la capacidad de sostenimiento de una determinada población con los recursos naturales actualmente existentes y, en todo caso, prever los mecanismos de equilibrio que aseguren la permanencia de la vida en el globo terráqueo. Eso sería en última instancia la verdadera naturaleza de la “globalización”.⁶⁹

La reacción contra la globalización

A medida que avanza la globalización se patentiza la tendencia a una más aguda desigualdad social en todo el mundo. Aproximadamente la mitad de los seres humanos que habitamos el planeta, esto es, unos 3 000 millones, sobreviven con menos de dos dólares diarios; de ellos, 1 200 millones ni siquiera reciben un dólar al día. En el otro extremo, los 200 individuos más acaudalados acumulan en conjunto una fortuna de un billón de dólares.⁷⁰

Como reacción a esta injusta distribución del producto social han surgido desde mediados de la década de 1990 varios movimientos en diversos países cuyo propósito es denunciar la práctica de medidas que, supuestamente justificadas por la eficiencia de la productividad capitalista, implican una explotación inmisericorde de millones de personas.

En 1994 se creó una plataforma en la cual participaron diversos grupos a fin de impugnar la actividad del Banco Mundial bajo el título “*50 años bastan*”. Estas agrupaciones que trabajan a favor de causas sociales, movimientos ecologistas, activistas a favor de los derechos humanos o del reparto agrario como los Sin Tierra en Brasil, han ido configurando una red que se comunica eficientemente a través de Internet, por medio de la cual se ha desarrollado un movimiento antiglobalización. Éste se opone a los efectos negativos del proceso globalizador y ha conseguido realizar manifestaciones multitudinarias en las ciudades donde se han efectuado reuniones de las organizaciones más representativas de la conducción del proceso globalizador. La primera de estas manifestaciones que alcanzó resonancia “global” tuvo lugar en la ciudad estadounidense de Seattle en diciembre de 1999, con motivo de la reunión que habría de efectuar ahí la Organización Mundial del Comercio.

Las protestas continuaron en diversos escenarios como Nueva York, Cancún o Génova. En esta última la policía se comportó muy agresivamente contra los manifestantes y hubo un muerto en julio de 2001. La respuesta de las autoridades

⁶⁹ Susan George, *El Informe Lugano*, op. cit., pág. 63.

⁷⁰ Pepa Roma, *Jaque a la globalización*, Grupo Editorial Random House Mondadori, Barcelona, 2002, pág. 25

ante las fuerzas contestatarias de la globalización ha consistido con frecuencia en una supresión indebida de libertades democráticas. En el caso de Génova, “además de suspenderse la libertad de circulación, impidiendo el paso de los manifestantes por la frontera italiana y el acceso al centro de la ciudad, la policía se infiltraba en las manifestaciones para estimular el uso de la violencia y cargar contra la multitud pacífica. El allanamiento en la madrugada de la sede informativa de Indymedia y la brutal represión de los que allí se encontraban durmiendo traspasaron todos los límites constitucionales y democráticos”.⁷¹

No obstante, la inconformidad con los efectos pauperizadores de la globalización ha hecho crecer por todo el mundo un movimiento ciudadano al que se suman importantes personalidades de los propios países desarrollados como Danielle Mitterrand, viuda de François Mitterrand, ex presidente francés; Noam Chomsky, conocido intelectual, o Joseph E. Stiglitz, ganador del Premio Nobel, en Estados Unidos de América.

La corriente antiglobalizadora no solamente protesta contra las injusticias; también ha formulado propuestas que permitan corregir y revertir las consecuencias depredadoras del capitalismo sin fronteras. Entre las más importantes están la “tasa Tobin” y el “0.7”.

La “tasa Tobin” es un impuesto propuesto por James Tobin, Premio Nobel de Economía en 1981 y profesor de la Universidad de Yale, que se aplicaría uniformemente en todo el mundo a las transacciones de capital con el propósito de corregir desequilibrios sociales.⁷²

El “0.7” significa el porcentaje que se estima necesario para que los países desarrollados destinen esa parte (siete décimas de un punto porcentual de su producto interno bruto anual) para financiar el desarrollo de las áreas marginadas.

La movilización contra la globalización alcanzó un punto culminante a principios de 2001 cuando se organizó el llamado *Foro de Porto Alegre*; en esa ciudad brasileña se reunieron representantes de múltiples corrientes para elaborar una estrategia que puede hacer frente con éxito a los embates del capitalismo financiero globalizado.

⁷¹ Pepa Roma, *op. cit.*, pág. 16.

⁷² Véase Michel Barrillon, *op. cit.*, Consúltese la página web www.attac.org. ATTAC son las siglas de Association pour la Taxation des Transactions financières pour l’Aide aux Citoyens (Asociación para la Gravación de las Transacciones Financieras en Beneficio de los Ciudadanos).